

Lima, á 1º de diciembre de 1905

PRISMA

REVISTA SOCIAL, ILUSTRADA, DE ARTES, LETRAS, SPORT, &

CONTENIDO

Carácter de la literatura del Perú independiente, por José de la Riva Agüero. — Esotérica, por Carlos G. Amézaga. — Recuerdos de viaje, *La ciudad imperial en 14 horas*, por Carlos Wlesse. — Sensaciones de Oriente, *En Ceylán*, por José Antonio Román. — La naissance d'Aphrodité, por J. M. de Heredia. — Ariane, por J. M. de Heredia. — Los trofeos, por Enrique Gómez Carrillo. — La sonrisa de Gioconda, por Federico Larrañaga. — Una visita á la señora Emilia Pardo Bazán, por Clemente Palma. — La canción del oro, por Rubén Darío. — Las maniobras del Ejército. — Directores de teatros de París. — Fieras y domadores. — A través de un prisma, *Crónicas limeñas*, por Blondina. — Fotografía de porvenir (Discurso pronunciado por el sabio Sesostri Arcanófilo Eurekaard, en el Club de los "Precursores del Porvenir").

Se edita por la casa M. MORAL

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

482 - MERCADERES - 482

MUTUADO 9-10

PRISMA

REVISTA ILUSTRADA, DE ARTES, LETRAS, ETC.

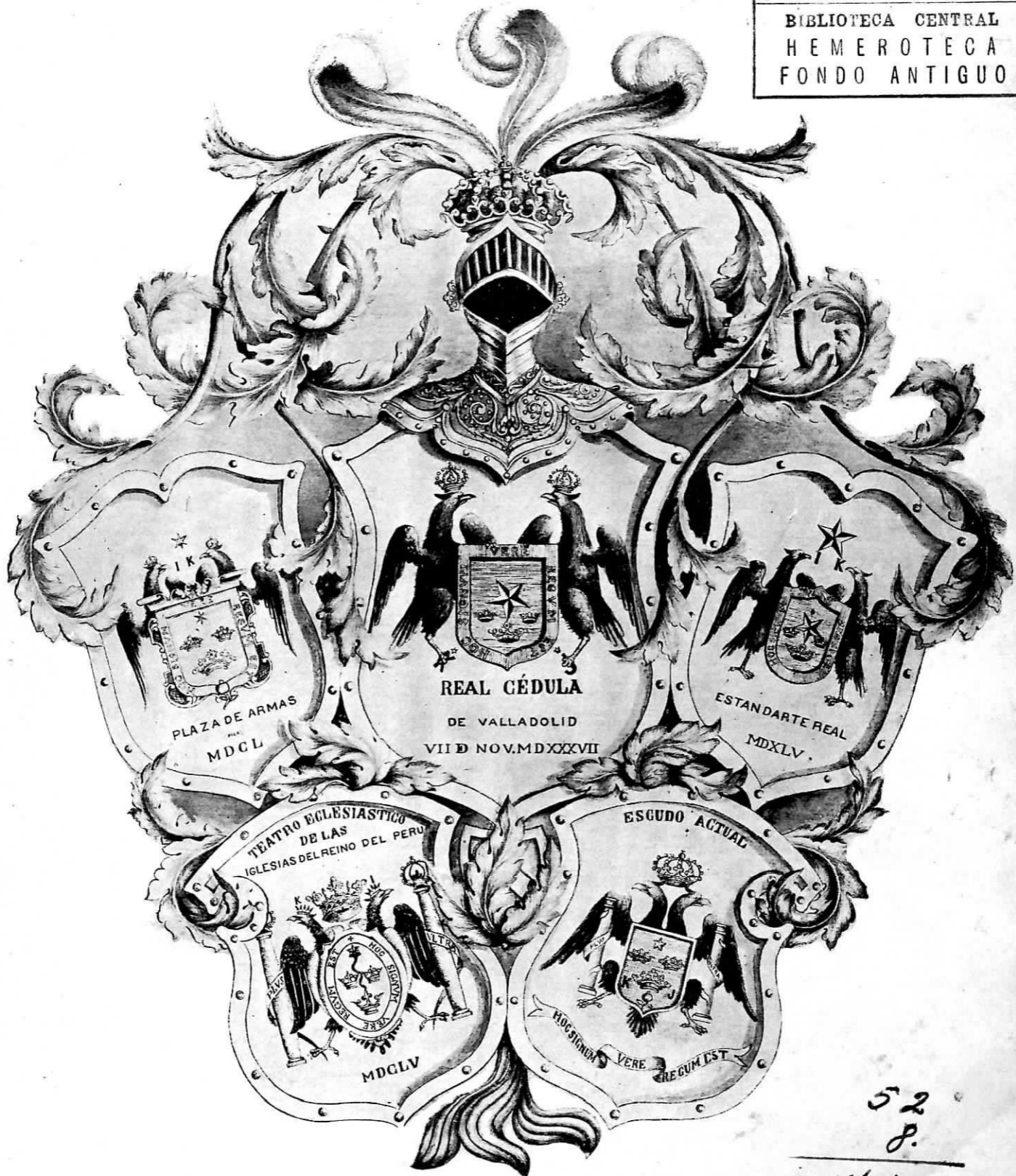
AÑO I

Lima, á 1º de diciembre de 1905

NUM. 6

U. N. M. S. M.

BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTIGUO



52
P.

41.6

Historia gráfica del escudo de la ciudad de los Reyes

Composición y dibujo de J. Eq. GAMARRA H.

CARACTER DE LA LITERATURA DEL PERU INDEPENDIENTE

(Continuación)

Después de Olmedo ¿que nos pueden parecer los demás literatos de aquella época? Dejando de lado á copleros populares y oscuros autorcillos, de quienes ya nadie se acuerda, (y sería impertinente prolijidad tratar de ellos en este ensayo) cierta fama alcanzó don José Joaquín Larriva, como orador sagrado y poeta satírico (1). Sus discursos, panegíricos y alocuciones, repugnantes, porque son como el termómetro de sus variaciones políticas, (ya *godo*, ya bolivarista, ya enemigo del Libertador) declamatorios y serviles, carecen de todo mérito y de toda novedad. Desconfía uno profundamente del saber de Larriva y de la ilustración del Colegio de San Carlos, cuando ve que en un acto solemne, dedicado al virrey Abascal, dijo Larriva en el *Elogio universitario*: "La filosofía de la elocución y del gusto, no ha merecido la atención del español; y la habla castellana, que cuenta tantos siglos de antigüedad, apenas parece haber salido de su cuna. El Colegio de San Carlos no puede ver con indiferencia que la nación española, que ha llegado á la edad de la filosofía, conserve en su lenguaje todos los defectos de la infancia" (2). En estas y otras piezas semejantes, el estilo de Larriva, plagado de exclamaciones y galicismos, en nada se distingue del corriente en los adocenados sermones de entonces.

En el género satírico, Larriva no es, por cierto, un modelo. *La ridiculez andando* y *El nuevo depositario*, son escritos insípidos, sin gracia ninguna. *Las profetas del Cojo Prieto*, (composición más grotesca que chistosa), *La angulada* (canto I), y algunos sonetos y fábulas, poco añaden á su fama; pero no puede desconocerse que en *El fusilico*, en la letrilla *El sacre*:

Sucre en el año veintiocho
Irse á su tierra promete.
¡Cómo permitiera Dios
Que se fuera el veintisiete!

y en los diálogos en prosa, á vuelta de bastantes ineptias, hay desenfadado, vena satírica, aunque no muy fina, y *sal criolla*, aunque no muy delicada. El General Flórez (el ceibrado por Olmedo en la oda *A Miñarica*), escribía rimbombantes y disparatadas prociomas, que venían á ser como la caricatura del estilo de su cantor Olmedo. De ellas se burla con donosura don José Joaquín Larriva en su artículo *El fusilico*, y de refilón la emprende con Bolívar, á quien no se atreve á atacar de frente, sin duda por lo mucho que lo había adulado poco antes. Con todo, le lanza pulias y epigramas:

Pero, aún fuera de esto.
El tal San Simón
Nunca ha sido santo
De mi devoción.

Si á más de la cruda guerra
Nos trae truenos y temblor,
De nuestro Libertador,
Huyamos cielos y tierra.

Cuando de España las trabas
En Ayacucho rompimos,
Otras cosa más no hicimos
Que cambiar.....
Nuestras provincias esclavas.
Quedaron de otra nación.
Mudamos de condición,
Pero sólo fué pasando
Del poder de don Fernando
Al poder de don Simón.

Entre los versos intercalados en *El fusilico*, figura una traducción de la fábula de Fedro, *Lupus et agnus*, que tiene descuidos rítmicos, pero que está hecha con facilidad y desembarazo. (3)

En 1833 salió á la luz pública en Lima el *Salterio Peruano* del médico don José Manuel Valdés. (4) Menéndez Pelayo (5) ha

dado una muy suscita apreciación del *Salterio*. Más sintéticos son aún los juicios de Lavalle (6), de Palma (7) y del P. Blanco García (8). Si este trabajo no fuera una simple reseña, me extendería algo sobre el *Salterio Peruano*, que no carece de mérito real, y que, sin disputa, aventaja al *Salterio Español* de Olavide. No sé hebreo, pero el Dr. Valdés se hallaba en el mismo caso. Todavía en la Vulgata y en las traducciones castellanas directas del texto hebreo, son apreciables las características del lirismo hebraico. *A priori* se puede afirmar que un modesto y devoto médico de la Lima colonial, tenía por fuerza que interpretar muy mal los sentimientos de los *rabi* de Israel. Aquel pueblo hebreo, cuya alma tuvo toda la majestad extraña y desolada del desierto, cuya religión se absorbía en el Dios Santo y Fuerte, en el terrible Jehová, poseyó una lírica de exaltación y de entusiasmo, ardiente é impetuosa como el simún, serie de sublimes é inconexas exclamaciones á las que el colorido oriental y el constante paralismo contribuyen á dar especialísimo carácter; poesía de iluminados y videntes, con violentas transiciones que destruyen el orden lógico de las ideas, con metáforas que hieren como el rayo. Trasladar esta poesía á la de las lenguas latinas, de tan distinta índole, es árduo empeño, trasladarla al castellano, sujetándose á las trabas del verso, sin desvirtuarla ni violentar nuestro idioma, es empresa difícilísima, y únicamente tres grandes poetas del siglo de oro han salido airoso de ella: Fray Luis de León en sus traducciones de los *Salmos* y del *Cantar de los Cantares*; Fernando de Herrera en sus dos canciones bíblicas y San Juan de la Cruz en sus canciones *Entre el alma y el Esposo*. Pero trasladarla á principios del siglo XIX, durante la dominación del clasicismo francés, cuando un refinado meticuloso gusto condenaba toda audacia y comprimía todo arranque vigoroso y libre, era tarea que sólo un genio hubiera podido realizar. No lo fué ciertamente don Tomás González de Carvajal, imitador del maestro León en el lenguaje, pero no en el sentimiento; ni lo fué tampoco nuestro compatriota Valdés. Y si en la crítica es menester declarar con honrada franqueza la impresión que producen las obras, confesaré que (sean cualesquiera las prendas de fluidez y tersura que avaloran el *Salterio Peruano*, y aunque el amor al campanario y á las glorias del terruño debería hacerme opinar de otro modo) prefiero en muchos salmos la versión de Carvajal: tiene mayor concisión, más brío, á veces más color que la de Valdés. Comparemos por ejemplo el salmo XLIX, *Deus deorum*.

Dice Carvajal:

..... A todos aparece
La majestad del grande Dios, que ahora
No callará. Del rayo la luz pura
En su presencia crece:
Truena la tempestad grande y sonora,
Que en torno le rodea,
Y se estremece el orbe y bambolea.

Valdés dice:

Baja el juez de Sión: baja visible,
Brillando con divinos resplandores,
En medio de celestes cortesanos.
¡Ahora no callará.....! Los pecadores
Atónitos oirán en su presencia,
De su divina boca la sentencia.
Su enardecido rostro al fuego inflama
De pavorosa nube, que circunda
La majestad del trono; su terrible
Rayo lanza, y en trémula *pavesa*
La pompa muda y frívola *grandeza*
De esta tierra que el hombre deja inmunda (9)

La traducción directa del hebreo es:

Dios vendrá manifestamente:—el Dios nuestro, y no callará.—Fuego se encenderá en su presencia,—y al rededor de él tempestad fuerte.

Hizo bien Valdés en llamar á su *Salterio*, *paráfrasis*, y nó versión. Los versículos de la Vulgata están diluidos por Valdés

[6] En la *Revista de Lima* escribió Lavalle un estudio sobre Valdés, que publicó luego en un folleto el año de 1886, adicionándolo con nuevos datos. Sobre el *Salterio* no hace más que copiar la censura eclesiástica del señor Urisemendi, que acompaña á la edición de 1833.

[7] En un artículo que publicó en un periódico chileno cuyo nombre no recuerdo, el año 1860.

[8] En el tomo III de su *Historia de la literatura española en el siglo XIX*.

[9] *Salterio*, edición de 1833, pág. 141.

[1] Odriozola: *Colección de documentos literarios del Perú*, tomo II.

[2] Odriozola: *Documentos literarios*, tomo II, pág. 117.

[3] Tengo noticia de varias composiciones satíricas del clérigo Larriva, inéditas unas, anónimas otras, á causa de su indecencia. Escribió también listines de toros, á veces graciosos.

[4] *Salterio Peruano ó paráfrasis de los ciento cincuenta salmos de David y algunos cánticos sagrados, compuesta por el Dr. D. José Valdés*, Lima 1833, imprenta de J. Masías.—Hay otra edición en dos tomos muy chicos, hecha en París, Rosa y Bouret, 1836.

[5] *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo III, págs. CCLXI y CCLXII.

en muchas palabras, y pierden así su enérgica y misteriosa belleza. Con frecuencia también, Valdés establece en su paráfrasis, relaciones y enlaces lógicos entre las frases que en el original aparecen aisladas; y suprime, por consiguiente, las transiciones rápidas, el vehemente y sublime desarreglo, tan peculiar á los Salmos. Conforme con las preocupaciones de la escuela galoclasica, retrocede ante la expresión franca y ruda. En el segundo cántico de Moisés encontramos este versículo:

Engrosóse el amado, y tiró coces:—engrosado, engordado, ensanchado, abandonó á Dios, su Hacedor; y se apartó de Dios, su Salvador.

Valdés (10) dice:

Mas este pueblo amado que veía
De su divino amor tan claras muestras,
Se rebeló contra él, por la abundancia,
Como á veces sucede con las bestias.
Abandonó á su Dios; al Sér Supremo;
Al que los cielos aman y respetan;
A su libertador, por quien se hallaban
Libres de la prisión y las faenas.

En el salmo XLI, hay esta metáfora, de hermosura sombría y magnífica, altamente hebraica:

Un abismo llamó al otro abismo;— al ruido de tus compuertas. —Todas tus casas altas y tus olas, — sobre mí pasaron.

Carvajal la traduce de mezquina manera:

Revolviendo pesares,
Sumergido me veo en hondos mares;
Mi mal el cielo aumenta,
Y truena y llueve y crece la tormenta.

Valdés:

Sin embargo, cual nube que sus aguas
Con truenos vierte, tras las unas, otras,
Y cual mar agitado; así mis males
Suceden y me abisman en sus ondas.

Aquí interpreta Valdés menos inexactamente que Carvajal, pero ninguno atina con la sublimidad tenebrosa del texto hebreo.

El estilo del *Salterio Peruano* es prosáico. En el salmo CIII, *Benedic anima mea*, (uno de los mejor versificados) se tropieza con las siguientes estrofas:

Como flexible piel tendiste el cielo,
Cuyo variado aspecto nos complace;
Y encima de ese velo,
Para nuestro consuelo,
Agua pusiste que las lluvias hace.

También brota heno con que se mantienen
Muchos brutos; y hierbas especiales,
Que á los hombres convienen,
Porque eficacia tienen
Para alivio y remedio de sus males.

El rostro con aceite se embellecen;
Y el pan es la comida cotidiana,
Con que se robustecen
Y que más apetezen
Por ser tan nutritiva como sana.

¿Esto es poesía? ¿Así se describen las maravillas de la Creación? El doctor Valdés se acordó de que era médico, y escribió pedestres versos que parecen consejos de higiene casera.

En cuanto á la pureza de la lengua, hay que entenderse: Valdés habla con suavidad, hasta con dulzura, aunque degenera á menudo en el prosaísmo; tiene un sabor agradable, untuoso, pero no es muy fiel observante de las reglas gramaticales. En la página 411, por ejemplo, dice:

Nunca es oscura para tí la noche,
Y como claro día te se muestra.

En la misma página 411 traduce el grandioso arranque:

«¿Adónde me escaparé de tu espíritu,—y adónde huiré de tu presencia?

[10] Tradujo los cánticos de Moisés junto con los de Ana, Isafas, Ezequías, Zacarías, Simeón y Habacuc y el *Magnificat*. Están al fin del *Salterio*.

Si subiere á los cielos, allí estás:—y si bajare á los infiernos, allí te encuentro.

Si tomare alas al salir el alba,—y habitare en las extremidades del mar;

Aun allá me guiará tu mano,—y me asirá tu derecha:»

de este modo:

Siendo infinito tu conocimiento
¿A qué lugar iré que no me veas?
¿Donde podré esconderme de tu rostro
Si estás conmigo siempre, y tú me llevas?

Si subiere hasta el cielo, en él habitas,
Lleno de gloria y majestad suprema;
Si bajase al infierno, te mirara
En sus profundas y hórridas cavernas.

Si con alas volase de mañana
Y hasta el extremo de la mar me fuera,
Conducido sería por tu mano,
Sin poder nunca desasirme de ella.

En Valdés el desgredado estro, el rápido torrente de los Salmos, que se precipita en tremendos abismos, que forma soberbias cataratas y cuyo eco ensordecedor repiten los montes, se trueca en humilde riachuelo, que resbala plácida y calladamente en la llanura, y cuya tersa superficie refleja, á veces, no siempre, un débil y delicado azul de poesía. Porque repito que el *Salterio Peruano*, á pesar de todo, es libro apreciable y discreto, y sin alzarse mucho sobre la medianía, como se ha pretendido, posee un agrado y una elegancia nada frecuentes en obras de devoción.

Bellezas suaves y modestas, como las del *Salterio*, presentan algunas de las *Poesías espirituales* de Valdés. (Lima, dos ediciones: 1818 y 1836) (11). La oda *A San Martín* (inserta en la *Lira Patriótica* que se publicó en 1853) de versos fluidos y cadenciosos, pero sin ardor ni valentía de inspiración, tiene todo el corte de la de Arriaza *Al combate de Trafalgar*, aunque le sea manifiestamente inferior. En el *Diccionario* de Mendiburu, (artículo correspondiente á Valdés) se citan entre sus poesías originales una oda *Al Cabildo Constitucional de 1812* y una oda *A Bolívar*, publicadas ambas en los periódicos del tiempo, y otras poesías inéditas. El año de 1828 escribió é imprimió Valdés otra oda, titulada *La Fe de Cristo triunfa en Lima. La Vida de Fray Martín de Porras* es libro devoto y no literario. Tampoco me incumben las meritorias producciones científicas de Valdés. (12)

En cuantos poetas llevo hasta ahora mencionados, la influencia francesa es pequenísima, por no decir nula. Ni Olmedo, ni Melgar, ni Larriva, ni Valdés, nada deben á la poesía francesa. Sin duda debieron conocer perfectamente á Boileau, Racine y Voltaire, muy leídos entonces; pero la influencia española, el clasicismo español, (aunque es sabido que este clasicismo del siglo XVIII procedía a su vez de la literatura francesa del siglo de Luis XIV) es el factor principal, que deja á los demás en la sombra. De los poetas ingleses, los más citados, desde *El Mercurio* eran Pope y Young; pero puede afirmarse que las literaturas extranjeras influían entonces muy remota é indirectamente sobre nuestros poetas. El *Salterio* de Valdés no procede del de La Harpe, sino de los de Fray Luis de León, González Carvajal y Olvide; Olmedo, con haber traducido á Pope, no proviene de éste ni de Alfieri, sino de Quintana y Gallego. No sucede lo mismo con la prosa, donde, tanto en España como en la América Española, es mucho mayor y más visible la imitación francesa durante los siglos XVIII y XIX. La generación de nuestra Independencia empleaba un estilo galicista, con frecuencia enfático hasta la ridiculez: menudeaban los *corazones sensibles*, los *tiranos*, las *luces del siglo*, la *tea de la discordia*, el *santo patriotismo*:—estilo de convencionales franceses y discípulos de Rousseau. Era éste en realidad el autor favorito, á quien de preferencia se citaba. Después venían los enciclopedistas (que hicieron conocer Fray Diego Cisneros y Baquíjano, pertenecientes ambos á la época de la Colonia y á la *Sociedad de Amantes del País*, que era la que publicaba el *Mercurio Peruano*) y algunos autores muy olvidados hoy, como el historiador Linguet.

(Continúa.)

[11] Son tres romances sagrados: la *Oración*, la *Comunión* y la *Castidad*; un poema *El Alma*; y el *Miserere*, el *Magnificat* y el *Trisagio* traducidos.

[12] *Memorias médicas* de Valdés. París, Rosa y Bouret, 1830.

ESOTÉRICA

I

¿SABES?..... yo te conozco, pero, no de estos días sino de allá más lejos, de épocas anteriores, cuando con otro nombre magnífico vivías en la Roma soberbia de los emperadores.

Bien te recuerdo ¡oh bella! cuando en las anchas vías sobre litera ebúrnea, tus negros servidores, te llevaban al templo donde á Venus pedías quemando en su altar *myrrha* y deshojando flores....

Yo te seguía entonces..... Yo era un guerrero altivo, un bárbaro del Norte, para mi bien cautivo de las armas romanas, pero aun más de tu imperio....

Apenas con los ojos, tierna, me saludabas y en tu cámara de ónix, ardiente me esperabas, así que era la noche toda paz y misterio.....

II

Hoy, cuando desde lejos sonrías cariñosa, sin conocer ni el nombre de este poeta errante, digo que eres la misma, la que en estancia umbrosa hace ya veinte siglos me hizo en Roma su amante.

Oh! como estoy seguro de nuestra unión dichosa! Qué mentira es la muerte! No hay escena distante que el tiempo no repita: no hay pareja amorosa que no vuelva á su puesto de COTILLÓN gigante!

Nombre, lugar, figura... ¿qué te importa, oh! querida, el disfraz de una noche, cambio al fin de una vida? Somos de ayer los mismos bajo distinto imperio.....

Tú volverás á amarme como me amaste en Roma, y de tu estancia regia yo gozaré el aroma, cuando sea la noche toda paz y misterio.....

CARLOS G. AMEZAGA.

Lima, 1905.



Señor General Pedro E. Muñiz,
Ministro de Guerra y Marina

Foto. Moral

RECUERDOS DE VIAJE

LA CIUDAD IMPERIAL EN 14 HORAS

LONDRES! Babilonia de la época cristiana, desierto de Sahara por tu inmensidad y por la miseria que ofreces al extranjero, soberbia resurrección en bloque de artes y ciencias antiguas, introducidas en molde de genios experimentales y positivistas; ciudad de nobles burgueses y plebe, de donde saltará un Napoleón de entre los muchachos que duermen en la calle, si fuese necesario, después de mil reveses, para la salvación de la tierra anglicana; Londres! quiero recordar ahora las enseñanzas que un día adquiriera en medio de tus gentes, que no nos conocían, á Karl y á mí, que nos miraban como cualquier accidente ú objeto de tráfico y que nosotros veíamos pasar con el hambre de estudiar y aprender.

I

TRAFALGAR

La mañana era de sol cuyos rayos impedían fijar la mirada: como en esta costa pacífica sudamericana, hija predilecta de la madre naturaleza. En noviembre, diciembre y enero de otros años, yo me había atrevido á contemplar cara á cara una especie de bola parecida al queso que llamamos de Holanda, esférica y perezosa para destacarse, voluntariamente, de entre un espeso telón de brumas, y diligente para acostarse á las 4 de la tarde, dejándonos á merced de la luz del gas, con preferencia á la eléctrica. El sol londinense, debo decirlo, es patriota, como el que más, y se da la mano con la hulla caledoniana de las épocas geológicas terciarias; por eso la electricidad no es amada por aquel astro luminoso, fuente de la hulla, del kerosine y del radium, conforme á opiniones autorizadas; y es enemigo de otras causas productoras de luz y calor y transmisión del pensamiento, tales como el telégrafo inalámbrico, el fonógrafo, y demás cosas que Edison y Marconi han inventado y siguen inventando con escándalo de los adoradores del rey del día. Declaro desde ahora que rehuso toda discusión con los sabios sobre estas materias, pues tengo para mí que demostrarían lo contrario.

En la referida mañana, encontrábame con mis maletas preparadas para tomar en *Victoria Station* la vía menos costosa y más larga de Londres á París, donde, desde el día anterior tenía el compromiso de conducir á la ópera cómica á la cariñosa compañera de mis buenos y malos ratos, adoradora, para entretenimiento mío, de Bizet, Saint Saëns, Thomas, Gounod, Massenet y otros músicos que modifican la afición á los estrépitos y combinaciones wagnerianas, en nombre de la conciliación de las escuelas.

El handsome que debía conducirme en media hora al tren estaba por llegar á la puerta, cuando con grandes aspavientos, Miss Dove y Miss Baker, propietaria la una, y directoras ambas del Hotel Latino-Americano de Londres, llegaron desoladas al cuarto del tercer piso que ocu-



Oxford Street

paba en mis estudios por asuntos de negocios, ó para inspeccionar en Hight Road y en Erith la instrucción que daban á mis tres hijas las religiosas de la Santa Unión de los Sagrados Corazones, y á Master Wiese, mayor que aquéllas, el señor Cranfield, director de un colegio de cuarenta muchachos en Fulham Road, por el sistema alemán de la *tuición personal*. Ambas miss me anunciaron la visita de un personaje, que habían tomado por millonario mexicano.

Pongo un aparte para decir, con perdón de los críticos del Quijote, enemigos de las digresiones, que Miss Dove contaba el año de 1898, algo más de 60 años, que como los personajes femeninos de Dickens, se gozaba todavía con la idea de que el diplomático argentino K, el marino uruguayo Y, el ingeniero chileno X, ó el periodista Z, solteros los unos, viudos los otros, le propusieran matrimonio.

Miss Baker, 40 años bien contados, había tenido, sí, un novio, honrado y serio suizo, fallecido hacía dos años de fiebre amarilla en Costa Rica, dejando un recuerdo en testamento á la que deseaba como esposa en matrimonio que la muerte le impidió consumar.

Y no obstante la lucha sorda, sin piedad, entre dos solteras, una que aspiraba á novio y otra que lo había tenido, un día me suplicó Miss Dove que le escuchara una pequeña palabra como abogado.

Al pequeño escritorio del piso bajo del hotel de Baker Street, en que se había llorado en común, y en que se habían dicho dicterios innarrables las dos solteras de edad proveya, me llamó Miss Dove y me suplicó que arreglase un testamento, para que su hotel, falto de herederos forzosos, y todo lo que pudiera conseguirse de una familia de Mexico, descendiente de un noble hermano suyo que había emigrado en sus mocedades, fuese para Miss Baker.

C. L. L., Esq., solicitador de primera categoría en *Chancery* y en *Common Courts*, altruista y filántropo en *Bedford Row*, se encargó en satisfacer el deseo de Miss Dove. Con esta seguridad pongo punto al aparte para entrar en lo principal.

Como proyectil lanzado de París sobre Londres, el olvidadizo amigo Karl, á insinuación de otro sudamericano

concedor de mi domicilio precario en Inglaterra, cayó en casa de Miss Dove, para decirme que le hiciera conocer la gran ciudad imperial en el intermedio permitido por su billete de ida y vuelta por Newhaven-Dieppe, que se vencía al día siguiente.

La petición fué recibida bajo palio y ¿cómo no había de haberlo sido? Imaginarme yo el placer de pasear las calles de Londres, hablando español, limeño, con un compatriota, preguntándole particulares de tanta gente conocida que no veía hacia cinco años, poblando así con la evocación de hombres y cosas mías, la gigantesca ciudad imperial, de caras amables ó airadas, pero jamás indiferentes; olvidarme de los londinenses y de la turba cosmopolita que pasa como flecha al negocio en el día, al teatro, á la sala de concierto ó de la conferencia científica, humanitaria ó religiosa en la noche, y pensar en Palma, en Amézaga, en Rossel, en Leguía y Martínez, en Zavala..... (no acabaría la enumeración.)

Deshechas mis maletas, colocadas las de Karl en el cuarto que debía ocupar en la noche, y ejecutadas las abluciones de costumbre, se dispuso *ante omnia* que al desayuno de huevos, jamón y té con pan y mantequilla, se agregase una *mutton chop*, (costilla de carnero), una de las cosas que con el *roastbeef* no debe dejarse de comer en Londres, aun cuando se desdeñe el *plumpudding* de Navidad.

En frente del aristocrático y modesto hotel, vulgo pensión de familia de Miss-Dove, exhibía una tienda de carne y pescado las apetitosas costillas deseadas. Miss Baker se puso el sombrero de las mañanas y dió ella misma la orden de que nos trajeran dos, para ser asadas á la parrilla. Karl me pareció que hasta entonces no había hecho desayuno más sencillo y agradable al paladar.

Como director de la jornada decidí tomar un democrático ómnibus á penique la milla hasta *Regent Street*, en el imperial. Subidos en éste, recorrimos las aristocráticas calles de *Baker* y *Orchard Street*, pavimentadas con tucos de madera, barridas y refrescadas desde temprano por los aparatos ingeniosos de la baja policía del Concejo del Condado (*County Counsel*); torcimos por *Oxford Street* cuyos almacenes y tiendas de toda especie se extienden en un largo de dos millas y se continúan todavía por una milla más hacia la *City*, con la prolongación llamada *New Oxford Street*, y entramos al término de la carrera por *Oxford Circus*.



Piccadilly Circus

A las nueve y media de la mañana los almacenes de *Regent Street* abrían perosamente sus vidrieras para mostrar al pasante las mil variedades de la indumentaria masculina y femenina, los instrumentos de música, los juguetes de niños, las incubadoras de pollos en ejercicio activo, las cocinas económicas, las talabarterías y male' terías, las fruterías, hasta con camotes, piñas, paltas y chirimoyas, traídas de los Azores, las Canarias ó Madeira; las peluquerías, restaurantes y joyerías de fino y de falso.

En una de estas últimas, cuyas perlas comenzaba el principal á extraer de la caja de fierro para arreglarlas bajo el vidrio doble de los muestrarios, mi amigo Karl se hizo de unos dos juegos de botones para camisa. Propóníase obsequiarlos al primer socio de uno de nuestros centros sociales que distinguiese entre esas imitaciones y los verdaderos productos de las pesquerías del Golfo Persico, de Ceilán ó de Panamá. Como Karl conserva hasta ahora las perlas imitadas, paréceme que no se ha descubierto todavía su verdadera calidad. Pero, Dios mío, ésto reviste caracteres de indiscreción; después de escrito lo anterior me he venido á dar de ello cuenta, y tal vez tendré que rendírselas á Karl.... Y qué hacer; lo dicho, dicho está: las palabras se recogen; no se niegan.

A pie, con los estuchitos de perlas en el bolsillo, caminamos tranquilamente en la primavera mañana londinense, en medio de los empleados de bazares y tiendas que corrían de las estaciones más próximas del ferrocarril subterráneo á los sitios de sus quehaceres cotidianos, departiendo sobre muchas cosas que se preguntan y se contestan allá cuando ha transcurrido con el tiempo el interés de ocultarlas, por *Picadilly Circus*, *Hay Market* y *Pull Mall* hasta *Trafalgar Square*.

En esta plaza, sólo comparable á la de la Concordia en París, los cuatro leones del monumento á Nelson dormían su sueño de moles de bronce, sin percatarse del héroe que más alto que ellos, en la región de la incomparable majestad del sol ó de los vientos heroicos de los mares, había conquistado,—león inteligente—el dominio de éstos para su patria.

Tampoco divisaban á sus pies, los leones amoldados del monumento, la miseria de las gentes que diariamente reposan sobre el duro pavimento de la plaza y piden agua á sus fuentes para las abluciones matinales, antes de comenzar la peregrinación de las calles de la ciudad imperial, en busca de ocupación ó siquiera de pan para la ociosidad forzada.

CARLOS WIESSE.

(Continúa).



Trafalgar Square

EN LA CAMARA DE DIPUTADOS



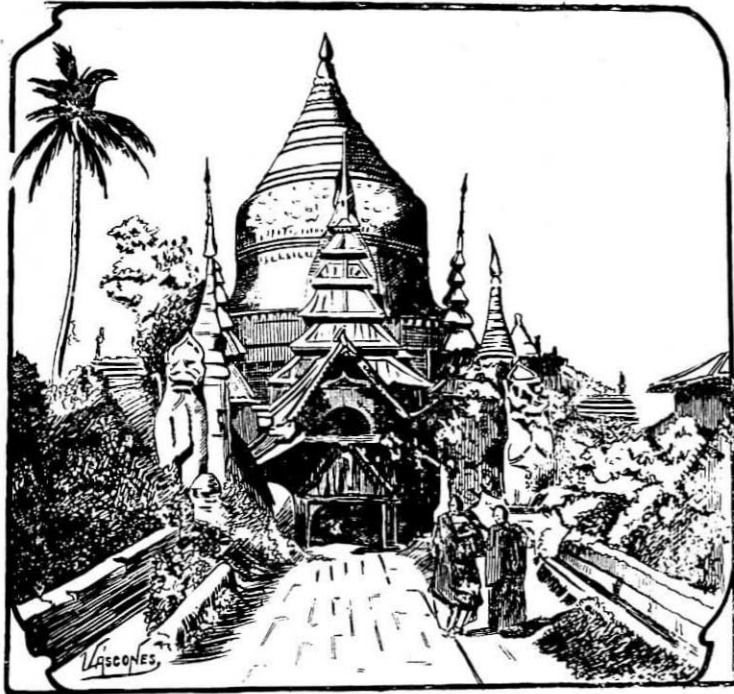
Dr. Mariano I. Prado y Ugarteche
Diputado por Lima

Foto. Moral



Dr. D. J. Matías Manzanilla
Diputado por Lima

Foto. Moral



dos brazos dejando pender de los engrabados dedos de sus manos, como garras de halcón, un rosario de sierpeillas, la jugleresa balanceaba felinamente el torso y bailaba frenética sobre un ancho tapiz de Persia. Y de la bizantina mitra que adornaba su cabeza, de los brazaletes y ajorcas de bruñido bronce, salpicados de granates, que ceñían sus brazos y piernas, del pecho de seda recamado con arabescos de oro que sujetaba el desbordante seno, surgían resplandores vítreos, fosforescencias mórbidas y fulgores febriles de noches de saturnal ó de *sabbat*.

Los focos de luz eléctrica la bañaban en una claridad fantástica, violada, como si fuegos fátuos le anduviesen por encima de las carnes firmes y morenas.

Y entre los aplausos de los concurrentes, en aquel *hall* cálido, saturado de las mil y complejas emanaciones de *cold-cream* y demás aceites, de toda esa irritante y enfermiza perfumería de los Atkinson, Lubin y *Agrand*, sólo percibía dos ojos dilatados y báquicos que ardían con sádicos deseos. Y toda la sala bebía el filtro de esta belleza de angustia y de muerte.

Ahora contemplaba yo el mismo espectáculo, bajo una radiosa claridad meridiana, en esta apartada comarca del globo, sin el entusiasmo del turista ni la menor crispatura de mis nervios. Había en mi espíritu la lasitud de mucha gente y de muchos países.

Sin embargo el rostro de la indostana me cautivó. Me figuraba descubrir no sé qué atrayente misterio en sus pupilas de un azul de acero, duras y casi sanguinarias, como si se hubieran deleitado en el crimen. Su nariz perfilada, casi exangüe como la de un cadáver, y sus labios, dos líneas breves y encarnadas, que tenían dislocaciones de *clown*, mohines discretos ó lascivos, irónicos ó dolorosos, herían mi imaginación con el símbolo de un tipo de *fin de raza*, de una lindeza casi sobre natural.

Mientras ella desplegaba sus juglerías, un indostano sentado en un extremo del tapiz, con un abigarrado turbante en la cabeza, sonaba una flauta de ébano; las notas se difundían en el espacio, alucinadoras y sugerentes. Sobre el casi desnudo pecho del tocador, sobre su túnica color de turquesa, entre nieles de plata sobredorada, destellaba un diáfano y facetado crisoprasio que engastaba una serpiente hecha de una colección de desconcertadoras gemas en las que figuraban los indecisos crisólitos, los fríos zafiros de Ceylán, las transparentes olivinas y los violáceos *onwarovites*.

De súbito cesó el espectáculo. Unas cuantas piezas de cobre rodaron sobre el tapiz: dos ó tres rupias á lo sumo. La jugleresa sonreía de modo beato, y en el triángulo irónico de su boca voraz lucían sus dientes viperinos. De un voleo descendí del *jiuriskisha*, me acerqué á la jugleresa y cogíendola de la mano—una mano tibia, muelle y casi fluida á la presión de la mía.—le hice ciertas proposiciones y obtuve por unas cuantas monedas una cita para esa misma noche.

Antes de partir me detuve un breve instante y contemplé con embeleso aquel rostro de un suave color de café tostado, de lustrosa y delicada epidermis y aquel cuello mórbido y flexible de *Sura* que enfundaba un collar de perlas y corales. Y como dos afiladas gúrnias, implacables y rencorosas, claváronse en mí las pupilas del tocador de flauta.

En el *Ceylon-hotel*, al dulce abrigo de los cocoteros y *dhoums*, me senté á comer. Desde el *verandah* se columbraba el mar espejeante, terso como una lámina de lapizlázuli, rodeado por el verdor de los montes, sobre los cuales descollaba el pico de Adam; el *Mahavelli-ganga*, arrastrando en sus arenas rubias y granates,

culebreaba en el fondo rojizo del valle y se perdía detrás de extensos arrozales. En la rada anchurosa y tranquila, el steamer «Roon» del *Norddeutscher Lloyd*, como si fuera una colosal roca de negruzco basalto, recortaba su enorme silueta sobre el remoto confin de oro y esmeralda; á trechos flotaban celajes purpúreos, orlados de plata, y cerca del zenit había una inquieta y silenciosa ebullición de índigo, de nácar y de rosa desfalleciente.

El paisaje se bañaba en una leve bruma de oro. Sobre los bordes de los platos, en los mangos de los cuchillos y en el cristal de los vasos veíanse brotar irradiaciones, visos de pomposos cortejos de soberbios maharanas que cruzan sus tierras medidos por el tardo paso de los elefantes con caparazones bordados de seda.

Los criados cingaleses discurrían presurosos. En aquel crepúsculo de oro la delicadez de sus formas, sus rostros cobrizos y satinados, la adamadura de todos sus movimientos y hasta sus cómodos y flojos vestidos franjados de felpa carmesí con fimbrias de plata, se me aparecían como esas visiones estupendas, falaces é indescriptibles de la fantasmagoría que produce la embriaguez del opio. Sobre un distante palmar, como un esplendoroso astro, culminaba la esclarecida cúpula de una pagoda, contorneada de esbeltas y puntiagudas torrecillas; mientras que en la superficie de las terrazas, dispuestas á modo de gradas, serpenteaba sobre la blancura de los muros y el metal de las techumbres de otros templos, una claridad lechosa, diluida é inefable en la que se sumergían truculentos ídolos que mostraban cabezas de espantosos chacales y triples fillos de ubres.

Allí se vive una vida inenarrable, estupefacta y voluptuosa, como si toda ella fuese hecha de un *bloc* único de impresiones y de ideas, empapada en los refinamientos del fausto asiático y angustiada á veces por el majestuoso hastío que se desprende de toda la exuberante monotonía de esa arquitectura bizarra, descomunal y casi bárbara á pesar del arte de visionario que la inspiró; en medio de esas razas heterogéneas, numerosas como rebaños y fanatizadas por sus religiones de éxtasis y de pesadilla y bajo la mágica exultación de aquellos climas donde cada minuto trae al turista una nueva sorpresa.

Después de la comida, el *jiurikisha-man* me aguardaba con su cochecillo para llevarme á la cabaña de la jugleresa. La augusta serenidad de la noche envolvía la dilatada llanura; sobre los aromáticos canel res y los cimbreños algodonaes, en un cielo cuya fría y terrible brillantez parecía empolvada con sal y limaduras de hierro, la luna como fantástica oblea de esperma, medrosa, reverberaba con reflejos azulados, aéreos y vaporosos como llamas de alcohol.

Un perfume de tek flotaba en el ambiente. En las espaldas del *jiurikisha-man*, cubiertas de sudor, la luz de la linternilla del cochecillo resbalaba con fugitivos resplandores; de vez en cuando, mezclado con el ruido de las hojas secas que caían, innumerables luciérnagas trazaban sobre la negrura deslumbradora rúbricas de fuego. Y creí divisar por entre el follaje algunos grotescos ídolos, enormes toros de piedra roja que representaban al dios Siva; un *gong* lejano vibraba cadenciosamente.

Hacia la derecha del sendero que seguía el indostano, sobre el recóndito horizonte que iluminaban las luces de la ciudad, se perfilaban los delicados campanarios de los templos, las cúpulas y las torres de los palacios y de las fortalezas almenadas.

Al terminar un recodo del camino, se alzó ante mi vista una cabaña, cuya abierta ventana recortaba en la oscuridad un nítido cuadro de luz. El *jiuriskisha-man* se detuvo y yo descendí con presteza. Me pareció oír un ligerísimo rumor de pasos. Después en la sombra una mano engarrafó una de las mías y me guió calladamente. A poco me encontraba en el recinto de la choza. La jugleresa me escudriñaba con sus cálidas pupilas; yo la miraba risueño y enardecido. Aquella indostana me atraía y me fascinaba con el secreto prestigio de su raza y de sus juglerías. De perfiles puros, de formas elegantes y de actitudes en que se traslucía un delicioso abandono, estaba envuelta en diáfanos tules blancos, en relucientes gasas rojas de pliegues tan complicados y tan repetidos, con tal gracia y negligencia, que experimenté un pudor sensual, religiosamente místico, ante la contemplación de ese cuerpo religado de cendales, de sedas ondeantes, como una gigantesca flor sagrada cuyo contacto estuviera vedado á los hombres. En torno de su gentil garganta, un collar de cuádruple vuelta irradiaba sobre la morena piel el dulce oriente de sus perlas.

Noté en su melancólica faz un ardor intenso, una expresión de lasitud gozosa, un cansancio enfermizo. El aire del aposento se tornaba sofocante, mis nervios se extendían dolorosamente y palpaban con fuerza; y se me antojaba leer escrito con trazos de fósforo y azufre sobre el sombrío muro, este verso:

«*Silences d'or cinglés de vols de cantharides.*» Cerré los ojos.

No creo haber soñado esto que paso á narrar. Ahora que estoy completamente solo en mi camarote del *steamer* en que viajo, ya muy lejos de la costa de la pintoresca Ceylán, y cuando escribo estos renglones, he suspendido más de una vez esta labor volviendo la cabeza con instintivo espanto al oír el sordo mugido del mar.

De súbito me desperté en mi lecho al punto que un lejano reloj dió las cuatro de la mañana. La jugleresa no estaba en la choza, y la lámpara mortecina arrojaba sobre las ropas de la cama esas sombras movilizadas, perezosas y alargadas, que suelen poblar los insomnios de las personas mórbidas.

Una cazoleta de benjuí enciende vaheaba en medio del aposento, y ese perfume extraño, sutil y disuelto en el ambiente me mordía en las fosas nasales, exarcebaba mis nervios y daba á mí sensaciones una vaguedad de delirio, una incoherencia placentera y turbadora.

Y sentía flotar en torno mío, agitarse con fusamente sobre mí visiones ultraterrestres, no sé que farándula de larvas horribas y gesticulantes, iluminada por reflejos de color violeta, como los que despiden los mecheros de gas. Un escalofrío de terror, una sensación de angustia, igual á la que se apodera de las personas nerviosas cuyos sentidos se tornan demasiados vivos, cruelmente irritables por una hiperestesia aguda, me postraba inerme, me agarrotaba con invisibles ligaduras; mientras que las facultades de mi espíritu reaccionaban contra ese desborde alucinador de imágenes donde mi razón zozobraba.

En medio de aquel desfile de monstruos, endriagos y espectros, de toda esa especie de fauna demoníaca, que se apiñaba pululante, voluble y ondulatoria, de todo ese cúmulo de pesadillas rápidas, inconexas y bizarras donde lo grotesco se mezclaba con lo doloroso, dos recuerdos fijos surgieron pertinaces como si quisieran hacer la luz en ese mundo de tinieblas en el que mi conciencia titubeaba: la mirada del juglar tocador de flauta y la ancha redoma de cristal sobre cuyo lecho de césped se desperzaban las ponzoñas víboras.

Entonces estuve cierto de que no soñaba y para convenir mejor en ello, me puse á hacer reminiscencias de las escenas que acaecieron aquel día, y noté que todas ellas se presentaban ante mi raciocinio sin solución ninguna de continuidad. No me cupo, pues, duda de que estaba en pleno goce de mis energías mentales, aunque conociese que mis sensaciones eran extrañas y nuevas y no obstante que nada hubiera en ellas de lo desconocido del sueño. Al mismo tiempo una serie cinematográfica de cuadros extravagantes y rapsódicos me cruzó por la imaginación y volví á tener un miedo cerval, un intolerable malestar nervioso que me martilleaba reciamente las sienas: un terror invencible de morir. Un enorme peso gravitaba sobre mi cabeza.

Hice un esfuerzo para reportarme. Un sudor copioso bañaba mi faz. Entonces ví una cosa horrible que me erizó los cabellos. La ancha y luciente redoma de cristal estaba destapada y vacía. A la claridad oleosa y tétrica de la lámpara se me figuró percibir un enjambre de reptiles que escalaban serpentinamente mi lecho.

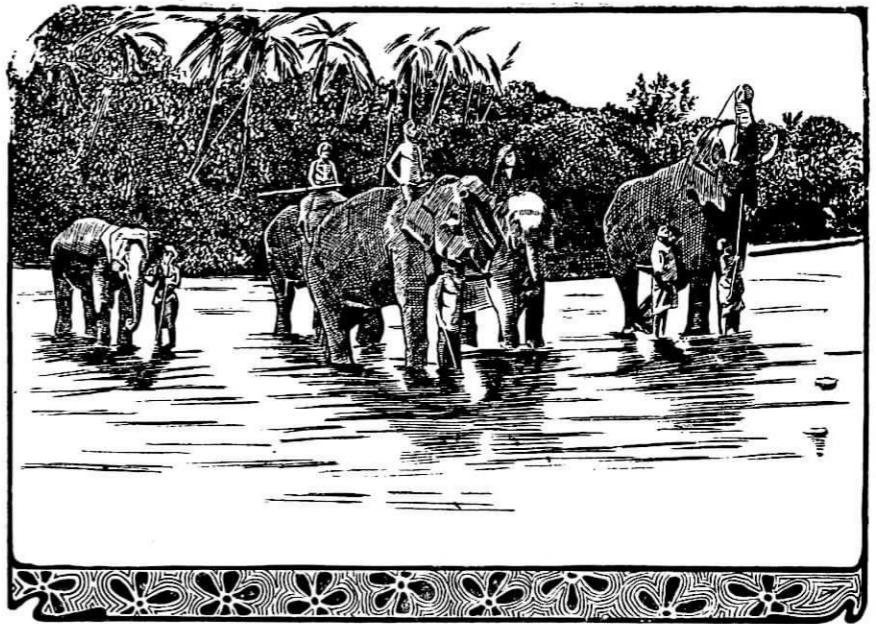
Después se me saltaron los ojos fuera de las órbitas, enloquecí con siniestras aprehensiones y contrayendo fuertemente las mandíbulas, quedé inmóvil y exhausto aguardando no sé qué cosa. Luego me pareció sentir un roce muy suave sobre mis pantorrillas, un deslizamiento de sedas, algo que me acariciaba ligeramente la piel. En seguida una lenta caricia, un beso complicado y múltiple, recorrió todo mi cuerpo. Aquello me enervaba y me provocaba incontenibles náuseas. Poco á poco un tropel invasor de seres, glutinosos y hormigueantes, tomó por asalto mis carnes, y por la sensación de sustancia gelatinosa y crasa que su desliz causaba sobre mi sentido del tacto, supuse horrorizado que eran reptiles. Y con palpitante terror pensé en las víboras de la juglaresa.

Breves momentos más tarde adquirí la espantosa certidumbre de este hecho. La invasión avanzó pausadamente; las víboras montaban sobre mis piernas, mi vientre y mis brazos. Me rozaban la cutis como si dedos fríos y descarnados me palpasen con avidez.

Y como el grupo de reptiles se deslizaba cauteloso debajo de mis muslos y espaldas, experimenté una impresión áspera y glacial de guijarros pulidos y ovalados, de blandura de algodón; una sensación morosa y mórbida, como si estuviera acostado sobre una playa de húmedas dunas escurridizas y con vaivenes de olas desmayadas. Después todo aquello se convirtió en una marea de légamo cálido, espeso y pegajoso donde me empantanaba.

Estaba desnudo é indefenso para rechazar el ataque de las víboras. Hubo un momento en que me cubrieron casi todo el cuerpo y empezaron á deslizarse astutas, tardas en su avance cuyo objetivo era mis ojos aterrados por esta escena. Veía la luz espejear sobre el brillante lomo de los reptiles, al paso que sus vientres rodaban sobre mi epidermis y me producían rozamientos de cosas aterciopeladas, fluidas, tópidas y laxas, que me helaban la sangre y daban á mis nervios la sensación insostenible de estar aplastando un grupo de alimañas fétidas, que volteaba debajo de mí, que se derretía como si fuese de cera, y que me imponía el horror delirante de un limo acre hecho de bestias muertas que se adhería tenazmente á mi piel.

Las víboras seguían avanzando como las ondas pesadas de un mar de plomo donde me hundía despacio, sorda é irremisiblemente. Las más audaces é inquietas se pusieron en mis hombros, se enroscaron sobre mi pecho pareciendo un tanto asombradas de mi inmovilidad. Otras se enrollaron en mi cuello y con voluptuosidad complaciente y refinada simulaban ataviarme con collares de agonía, de terrores de precito. ¿Qué nervios humanos, aunque fueran de acero, hubiesen soportado semejante emoción sin destrozarse como secos sarmientos? ¿Por qué no morí entonces?



Aún cuando veía los ojillos fascinadores, punzantes y cingentes—puntos de cimófana ó de rubí—clavarse en mis pupilas y desgarrarme las carnes como si me aplicaran contactos de piedra infernal, no intentaba hacer el menor esfuerzo para alejar de mí esta congojosa pesadilla; porque el más leve movimiento de mi parte hubiera sido la señal para que todos aquellos diente-cillos agudos, largos y de una blancura de alabastro, por entre los cuales vibraban las lengüecillas rojas, viscosas y móviles, mordieran mi cuerpo.

Varias víboras alzaron á la altura de mis ojos sus repulsivas cabezas y las movieron calmosamente unos instantes, como si eligieran los sitios donde deberían de morder; y en esa misma lentitud había no sé qué de irritante, de voluntariamente cruel, un gozo socarrón, una tardanza maliciosa como si quisieran recrearse con mis torturas.

Estaba solo y mi muerte era certísima. Unos cuantos minutos de respiro y los reptiles me harían presa de su voracidad. Comprendía que la Muerte estaba cerca de mí, á la cabecera del lecho, arrojándose con sus negros tules; y con una enloquecedora percepción de un intenso carácter nervioso, las sienas doloridas, me la representaba de un modo tangible, como un sér real que se inclinaba sobre mí y fijaba en mi rostro una mirada vídriosa y muerta. Después experimentaba la sensación opresora de alguien que se sentaba sobre mi pecho jadeante.

La cabeza se me iba. Todo daba vueltas á mi alrededor. Empecé á desvariar. Creí que me hallaba tendido en un desierto de rojizas arenas, anchuroso é ilimitado. Mi cuerpo había adquirido la rigidez de la piedra tomando proporciones descomunales: era un dolo de pórfido, ca lentado por un sol abrasador, semejante á uno de esos colosos que yo recordaba haber visto en mi último viaje al país de los faraones. Los geroglíficos que le adornaban estaban profundamente grabados en el granito. Las culebras se me aparecían enormes, desmesuradas, como serpientes antediluvianas. Súbitamente, en medio de una exhalación gaseosa color de azufre, que anegaba la lejanía del desierto, asomaron dos máscaras que figuraban los rostros de los juglares. Reían estrepitosos, sarcásticos y malévolos; de cada uno de ellos nacían dos manos sin brazos, que me arrancaban los ojos con sus garras de oro. Con repentina lucidez, como si estuviera exento de todo peligro, una curiosidad ardiente, malsana y devoradora, señoreó mi espíritu: saber qué motivos tuvo el indostano para vengarse de mí con tan pérfida saña.

De pronto sentí dilatarse mi cerebro, crecer como un globo aerostático que rodara á merced de encontrados vientos y que crugiera próximo á estallar; un temblor de azogado sacudió mis miembros. Estaba á punto de expirar.....!

Entonces de mis secas fauces brotó un grito, una especie de aullido gutural, agrio, agudo, desgarrador como si partiera de un subterráneo y que remedaba un gemido de bestia herida, furiosa é impotente.

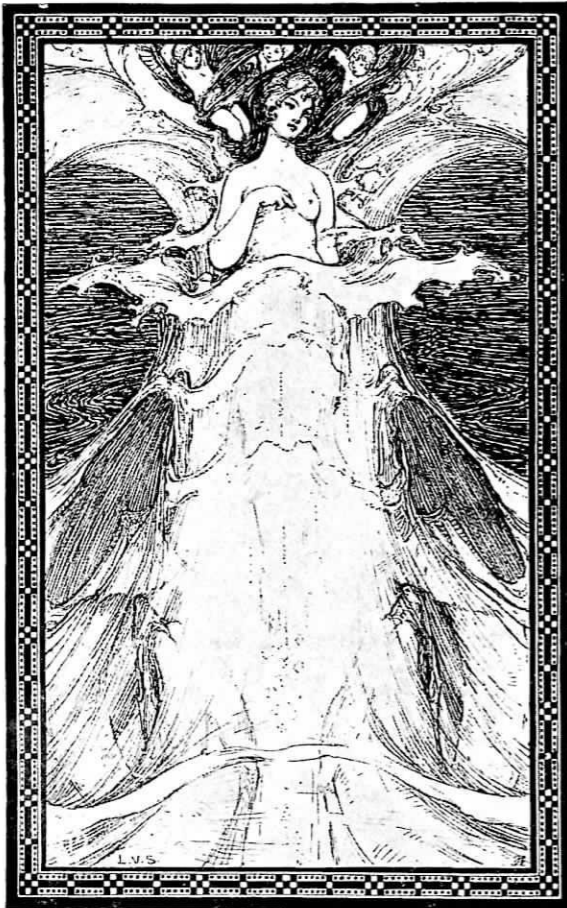
Después hubo un estrépito de puerta que se abría con ímpetu, y una sombra surgió en frente de mí y unas manos presurosas recogieron las víboras, mientras la mayor parte de ellas abandonaban con ligereza mi cuerpo.

Salté del lecho, me vestí aprisa y con el cabello en desorden huí lleno de pavor de aquella choza maldita.

La noche reinaba aún sobre la vasta campiña. La luna trasponía la selva, sangrienta, fantástica, arrojada en nieblas y semejante á la cabeza de uno de esos cadáveres expuestos en las morgues.

Al día siguiente partí para Pennang.

El jefe de los parnasianos



LA NAISSANCE D'APHRODITE

Avant tout, le Chaos enveloppait les mondes ou roulaient sans mesure et l'Espace et le Temps; puis Gaïa, favorable à ses fils les Titans leur prêta son grand sein aux mamelles fécondes.

Ils tombèrent. Le Styx les couvrit de ses ondes et jamais, sous l'éther foudroyé, le Printemps n'avait fait resplendir les soleils éclatants ni l'Été généreux muri les moissons blondes.

Farouches, ignorants des rires et des jeux les Immortels siégeaient sur l'Olympe neigeux mais le ciel fit pleuvoir la virile rosée;

L'Océan s'entrouvrit, et dans sa nudité radieuse, émergeant de l'écume embrassée, dans le sang d'Ouranos fleurit Aphrodité.

J. M. DE HEREDIA.

(De «Les Trophées»)



ARIANE

Au choc clair et vibrant des cymbales d'airain, nue, allongée au dos d'un grand tigre, la Reine regarde, avec l'Orgie immense qu'il entraîne Iacchos s'avancer sur le sable marin.

Et le monstre rogal, ployant son large rein sur le poids adoré foule la blonde arène et, frôlé par la main d'ou pend l'errante rène en rugissant d'amour mord les fleurs de son frein,

Laissant sa chevelure à son flanc qui se cambre parmi les noir raisins rouler ses grappes d'ambre l'Épouse n'entend pas le sourd rugissement,

et sa bouche éperdue, ivre enfin d'ambrosie oubliant ses longs cris vers l'infidèle amant rit au baiser prochain du Dompteur de l'Asie.

J. M. DE HEREDIA.

(De «Les Trophées»)



❖ LOS TROFEOS ❖

JOSÉ MARIA DE HEREDIA debe de haber leído, siendo aún muy joven, el delicioso camafeo de Gautier, que dice:

Fi du rythme commode
Comme un soulier trop grand
Du mode
Que tout pied quitte et prend
.....
Sculpte, lime, ciséle;
Que ton reve flottant
Se scelle
Dans le bloc résistant.

y tomando al pie de la letra el docto consejo del maestro, trabajó con cuidado sin igual el oro puro de los versos y logró producir, en treinta años de labor, ese centenar de joyas poéticas que el buen Lemerre acaba de encerrar en el estuche precioso de sus ediciones.

Los sonetos que componen los TROFEOS, son, en realidad, medallas lucientes y sonoras, pequeñas por el tamaño como las monedas de Libia, pero grandes por el color y la vibración como las rodela legendarias. Todas están fundidas en el mismo molde perfecto, todas están grabadas por el mismo buril impecable; todas son magníficas! Generalmente brilla en sus discos un busto ó perfil: el perfil de un guerrero japonés que parece un gran crustáceo negro por las antenas doradas que tiemblan sobre su casco; el perfil de Cleopatra en cuyos ojos constelados de puntos luminosos vió el César destronado un mar inmenso cubierto de galeras fugitivas; el perfil de un artífice que quiso morir, como Fray Juan el segoviano, labrando una custodia; el perfil de un Nazareno humilde y grandioso que hace brotar con el filo de su garlopa, los bucles rubios de la madera; el perfil de la triste Sabina; otros cien perfiles, en fin, correctos, graves, hieráticos.

Pero en muchas ocasiones el cuadro crece en intensidad de visión, sin cambiar de tamaño; la figura se convierte en grupo; y entonces el soneto toma proporciones épicas haciendo pensar en aquellas monedas de Eucrátide, en cuyos reversos brillan escenas heroicas y triunfales. Ved, por ejemplo, al poema de los *Conquistadores*:

Cual de halcones noveles banda fiera
cansada de miseria, osca y sombría,
soñando heroica hazaña, audaz se fía
al bravo mar la gente aventurera.

El rumbo inclinan á oriental ribera,
buscan el oro que Cipango cría;
viento providencial sus barcos guía,
é incógnito Occidente los espera!

Delante el sol que muere, atrás Europa,
la impaciencia solazan de su anhelo
los dorados celajes tropicales;
ó reclinados en la tarda popa
de noche ven desconocido cielo
y surgir de la mar nuevos fanales.

(Traducción de Caro.)

Sí, ese soneto es maravilloso por la forma, como todos los demás del mismo poeta.



La invención de Guido d'Arezzo, ha encontrado en Heredia un trabajador magnífico; y ni Sainte-Beuve ni Soulayr lograron encerrar tan hábilmente como él una imagen ó un cuadro en un alejandrino. Sainte-Beuve fué imitador de los lakistas ingleses; sus contemplaciones profundas no caben siempre en un marco reducido y sus intimidades necesitan la elasticidad de varios metros para desenvolverse con amplitud. Soulayr es imperfecto: sus espiritualidades llegan, en ocasiones, á convertirse en alegorías cómicas que apenas pueden moverse entre el colete de acero del soneto. Los *Trofeos*, «tienen la elasti-

cidad de los lambrequines heráldicos», y Heredia es, sin duda, el más ilustre cultivador de ese superviviente único de los poemas de forma fija, porque teniendo el más alto sentido de las vastas síntesis y de la factura épica, posee, al mismo tiempo, el poder misterioso de encerrar sus grandes visiones en versos lapidarios.



Además es el mejor representante de la pura poesía parnasiana; y esto puede probarse fácilmente por medio de una breve comparación. — Francois Coppée, el cantor exquisito de la gente pobre, esmalta sus versos con toques irónicos que denotan una sensibilidad muy penetrante y muy fina; Sully Prud'homme es, sobre todo, un filósofo: sus poemas, son, por lo general, razonamientos vigorosos y aun exámenes de conciencia; Leon Dierx, cuya alma dulce y amable adora las claridades lejanas del crepúsculo y los tintes vagos del poniente, hace versos llenos de melancolía y de inquietud; Catulle Mendés se queja á menudo y cuenta, en *lieds* sentimentales, la historia de sus pasiones y de sus tristezas; Javier de Ricard, el retórico impasible autor de la fórmula «el arte debe ser de hielo», traduce los lamentos desesperados de Bartrina, y Armand Silvestre suele engolfarse en el misterio vacilante de los paisajes metafísicos. — Heredia, ni se lamenta ni ríe, ni razona, ni se conmueve; sólo pinta ó esculpe. El mundo interior no existe para él y jamás su mirada se ha concentrado en sí misma para contemplar la vida del alma. Los parnasianos predicaron la impasibilidad respondiendo á los que, en las luchas del periodismo censuraron sus teorías: «La Venus de Milo es hermosísima á pesar de ser de mármol.» La poesía, para ellos, consistió únicamente en la música de las palabras, en el color de las frases y en la factura de los versos. Así José María de Heredia es el parnasiano más perfecto, pues sus *trofeos* no se salen nunca de la fórmula expresada por Catulle Mendés en aquellos versos famosos de *Philoméla*, que dicen:

La grande Muse porte un peplum bien sculpté
Et le trouble est banni des âmes qu'elle hante.



Pero ese mérito relativo que en 1886 habría bastado para hacer la fama de un artista, más bien es hoy un defecto. La poesía parnasiana, marmórea, impasible, no dice ya gran cosa á nuestras almas enfermas; y los escritores que cincelan con frialdad los versos, como si fuesen ánforas, nos son indiferentes. Algunos críticos achacan este desdén á la influencia de la moda, pero en realidad Nuestra Señora del Capricho no tiene nada que ver en el asunto y sólo se trata de nuestras almas. Ahora casi todos tenemos algo de Des Esseintes: nos encantan las coloraciones raras, las orquídeas que parecen flores de porcelana, los perfumes enervantes; adoramos á los poetas malsanos que, como Mario Víctor y Paulino de Pella, representan el último grado de la decadencia latina; y siendo místicos y lascivos al mismo tiempo, querríamos dormir con la Venus Sabia en la celda de un agustino.

Además tenemos necesidad de sensaciones ideológicas; pero como no estamos seguros ni de nuestro cerebro ni de nuestra alma, es preciso que esas sensaciones sean misteriosas y que nos estremecan sin dejarnos razonar. Sólo así se explica el triunfo de la poesía simbolista y de la literatura personal. María Barchkoeff, contando ingenuamente la historia de su vida, nos conmueve mejor que Leconte de Lisle describiendo las luchas formidables de las razas antiguas, y Stephane Mallarmé, evocando las sombras voluptuosas de las ninfas griegas, nos apasiona más que Victor Hugo cantando el himno de la libertad.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

La sonrisa de Gioconda

¿Qué cultivador de belleza, qué estudiante de aliento no ha pagado su tributo de admiración y de esfuerzo ante la Monna Lisa sonriente de Leonardo? Visitando á diario el «Salón cuadrado» del Louvre, nunca faltó un caballero, una copia y un artista, en labor de reproducción, difícil, arriesgada, impotente casi siempre; no por la forma, ni por el colorido, ni por el escabroso claro-oscuro que distinguía al célebre florentino, sino ante la sonrisa, ante esa única sonrisa clásica, insondable, inmortal, mientras viva el lienzo, como una reliquia del espíritu antiguo y un producto del genio italiano.

La sonrisa de Monna Lisa que heredaron los San Juanes, las Vírgenes y los Bacos, fué el extracto de la sonrisa de un Efebo, de un David desaparecido del Verrochio, escultor, platero y pintor, maestro de Leonardo da Vinci.

El carácter de esa sonrisa, ha quedado hasta hoy indescripta. La historia del modelo, es simple, decorosa y sólo tiene de celebridad aquél gesto que en ella fué instantáneo y para que nosotros perpetuaron los siglos.

Monna Lisa era una napolitana, esposa de Florentino Francesco Giocondo; pero una napolitana que sonreía como una florentina medioeval, como una musa dantesca, como no lograron sonreír ni la Bella «Ferroniera», la Lucrecia Crivelli, ni Cecilia Galerani, la «Princesa desconocida», y la mismísima Beatriz del Este, cuyo esbozo fué el presagio de su muerte.

Emblema de la belleza antigua, la Gioconda, la amada Monna Lisa ha eclipsado hasta cierto grado, á todas aquellas diosas que crearon los pintores de Florencia; su factura, por cierto, la inspiración misma, en poco han contribuido al mérito de su celebridad. Su espíritu oculto, el alma misterioso, aquél mirar vago, casi indiferente, medio burlón, aquél gesto mágico, fantástico y bañado de pasión exquisita; aquella aurora de pensamientos y de experiencias, aquél acto místico, divino, de amor imaginativo, aquél exceso de sonrisa, espasmo de una carcajada que parece un arco iris de la felicidad y un horizonte del dolor..... Es algo así, como la resurrección de un placer perdido, el secreto de una ilusión nacida de lo más profundo y tenebroso de un espíritu inocente é idealista: itoda la vida de una sonrisa, en una máscara de hermosura!

Las Venus de piedra, gigantescas y superlineadas, la Capitolina, la de Milo, la de Nápoles, todos los modelos griegos, cantados por Luciano y Cedrenus, las creaciones legendarias de Praxiteles, de Fidias y de Apeles, perdi-

dos ó conservados; las rosadas estatuetas de Tanagra; las madonas de Cimabue, de Giotto, de Simone Memmi, de Ambrogio Lorenzetti; las vírgenes de Froment, de Jan Van Eyck, de Hugo Van der Goesy, de Memling; las rosas de Lochmer, de Martín Schongauer; las reinas santificadas de Holbein el viejo, de Zeitblom, y las Magdalenas de Wolgemut, en las postrimerías del arte, gozaban de omnipotente impassibilidad y de expresión soberana. Nacieron y viven reflexivas, con sus almas casi intangibles, como propios ídolos primitivos.

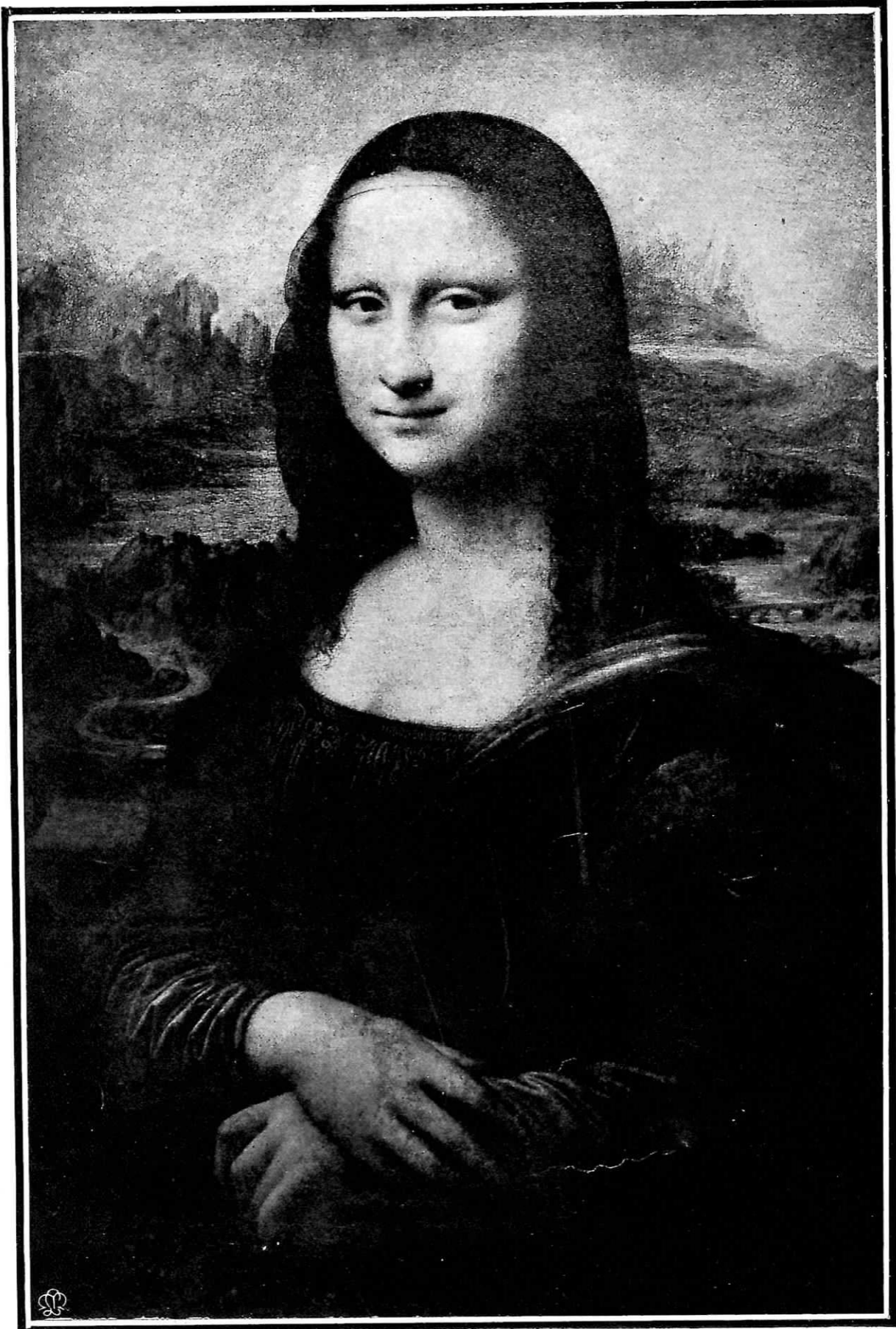
El renacimiento italiano trajo una brisa de alegría y de bondad que refrescó todas las fisonomías, bajo el ardiente resplandor de sus dorados; las caravanas místicas de Benozzo Gozzoli, las dulces vestales de Ghirlandajo; las adoradoras y los angeles de Fra Filippo Lippi, apenas si os miran expresivas y risueñas; en Botticelli, sus amores, sus ninfas y sus gracias, emblemadas, rítmicas y desnudas, sonríen más de belleza que espiritualmente. En Melozzo da Forli, Pietro de la Francesca, en Signorelli y en Pinturicchio, como en el Peregrino y en Sentile Bellini, los niños sagrados, las inspiradas divinas, son más sensibles, hay más mirar en sus pupilas y el arco de sus labios se curva más: pero todo es tan sólo efecto de líneas y de sombras.

Es en el siglo XVI que nació la sonrisa con la flor del Renacimiento artístico, y toda ella, toda su expresión, está concentrada, fundida, engastada, bajo los párpados pesados y entre el cauce rojo de los labios de la Gioconda. Leonardo de Vinci, más que pintor, que escultor, que técnico, que anatómico, que joyero, más que hombre universal y alquimista, es el gran maestro de la sonrisa. Más beneficiada hubiera quedado la humanidad, si en lugar de legarla un *Tratado sobre la pintura*, hubiera descrifrado una teoría sobre la sonrisa, sólo sobre la sonrisa de Gioconda. Todo ha sido descubierto por el genio del hombre y lo será por los genios futuros; pero la enigmática sonrisa de Monna Lisa, imperturbable, sintética, armoniosa, es un ejemplo sin repetición, que solo flota sobre las retinas de los admiradores sin haber penetrado sus almas.....

Los Pontífices del Arte, han santificado la sonrisa de ese lienzo que vivira eternamente como un misterio humano.

FEDERICO LARRAÑAGA.





LA GIOCONDA de Vinci

UNA VISITA A LA SEÑORA EMILIA PARDO BAZAN

✓ CADA siglo presenta algunos ejemplares de mujeres de cerebro bien templado. Doña Emilia Pardo Bazán comparte con Jorge Sand y Clemencia Royer el derecho de ser considerada como uno de los talentos excepcionales femeninos del siglo XIX.

A los pocos días de haber llegado á Madrid, á principios de 1902, fuí una noche á visitar á la insigne escritora para la cual tenía una carta de presentación. Me recibieron las señoritas Blanca y Carmen Quiroga, agraciadas muchachas con quienes conversé breves momentos las banalidades de reglamento, con la torpeza propia del que siempre, como yo, ha sido hurraño á las fórmulas sociales. Cuando entró la señora Pardo Bazán le fuí presentado por sus hijas, y á poco comenzamos á hablar de literatura, es decir *comencé* yo, pues, hablando con la ilustre dama gallega—que si es la más erudita de España es también la más locuaz—es imposible meter baza y pasar de los comienzos. Ella lo dice todo: todo lo que uno sabía y quería decirlo y todo lo que ella sabe, que no es poco. Naturalmente esto me sabía á gloria, pues dada mi poca afición á las disertaciones, me encantaba que doña Emilia se desempeñara por mí.

La señora Pardo es, ante todo, mujer, pesie á su feminismo doctrinario. Siempre que imaginamos el tipo de la mujer feminista lo encarnamos en mujeres delgadas, adustas, desaliñadas en el vestido y desprovistas de las aficiones propias de las mujeres; imaginamos algo así como institutrices, jóvenes ó viejas, pero con la indumentaria severa y cuasi hombruna de las institutrices. Bien engañado estaría el que —tomando como puntos de partida de la inteligencia varonil de doña Emilia y su feminismo de doctrina—se la imaginara enjuta de rostro y desaliñada en indumentaria. Repito, la ilustre escritora, feminista y todo, es, antes que nada, muy mujer, empezando por su locuacidad ardorosa, fácil y matizada. La Sra. Pardo, como todas las damas de Madrid, delicada la mitad ó las dos terceras partes del día á la modista, á las ceremonias religiosas y al paseo por el Prado y la Castellana. Ya no es joven la autora de *San Francisco de Asís*: pasa de los cuarenta y cinco; pero á través de su cabellera completamente blanca y de sus ojos de vista cansada por el estudio y el trabajo se adivina que en su juventud no muy lejana debió ser una real moza.

Hablando del feminismo me decía la insigne escritora que si siempre había creído que la mujer tenía los mismos derechos sociales y políticos que el hombre, ahora, después del desastre de Cuba, en que los varones fueron cobardes, más cobardes que las mujeres, imprevisores, más imprevisores que las mujeres, estaba firmemente convencida de que éstas—por lo menos en España—valían más que los hombres, y por consiguiente tenían mejor derecho que ellos para exigir de la sociedad mayores consideraciones y una participación directa en la facción de las leyes y en la administración.

—Permítame usted, señora—la dije—que encuentre exagerada la afirmación de usted al sostener que los es-

pañoles han sido cobardes; los españoles, en mi concepto, han sido en su última guerra tan valientes y temerarios como siempre y probado una vez más que es merecida la fama de bravos con que les ha consagrado la historia y la leyenda.....

—Usted lo ha dicho, *temerarios*: eso es lo que han sido, y el concepto moderno del valor no es el de la temeridad loca y descabellada. No le niego á usted que en la campaña de Cuba se han realizado actos de arrojo y de valor personal. Pero eso no es el valor colectivo, no es el valor de una nación y de una raza, no es el valor que da las victorias en la guerra moderna. Hoy el valor personal no es el que se necesita para vencer: es el cálculo, la mecánica, la previsión, el estudio, la estrategia, los buenos elementos. Pueblo valiente es aquel que realiza todos los esfuerzos necesarios para vencer y que aprovecha con eficacia el valor colectivo, reflexivo y sabio; el país que

acepta una guerra en condiciones de no poder contar con ésto y se confía á la acción personal de cada *valiente*, es un país cobarde, temerario si Ud. quiere, pero cobarde, porque no va á vencer sino á defenderse y..... las ratas también se defienden. Ya ve usted que si los hombres no han sabido ser hombres, ellos solos, es porque ha llegado el momento de la intervención de la mujer, para que ésta, con el caudal fresco de sus energías sin empleo hasta hoy, les ayude con la obra de la reconstitución moral de la raza. Después de la guerra de Cuba, le aseguro á usted que se ha afirmado más mi convicción de que es llegada la hora de que la mujer conquiste todas las franquicias y derechos de que el egoísmo viril la ha privado.

Callé discretamente en lo relativo á la cuestión patriótica; pero pensaba para mí que por bien que razonara doña Emilia y por bien que planteara sus paradojas, muy mal rodaría el globo si las mujeres intervinieran activamente en la obra de hacer las leyes civiles y políticas, de gobernar el mundo y modelar la sociedad.

—De seguro, señora, va usted á tomarme ojeriza cuando lea, si es que tengo la fortuna de que lo lea usted, mi artículo *Contra el feminismo*, que he dado á *Nuestro Tiempo*, revista del amigo Canals; pero créame usted, señora, que si soy enemigo de la tesis feminista es porque creo que la reforma social, respecto á los sexos, sólo se impondrá cuando la mayoría de las mujeres sean tan profundamente eruditas, tan intelectuales y discretas como usted. Y á decir verdad, el cerebro femenino no está organizado normalmente para contener tan buenas y sabias cosas como las que el de usted contiene. A Dios gracias (pues, así las sabremos apreciar y admirar mejor) las Emilia Pardo Bazán caen pocas por siglo.

Tuvo doña Emilia la amabilidad de mostrarme una magnífica colección de abanicos, mientras su madre la condesa de Pardo Bazán, amabilísima señora que debió ser bellísima en su juventud, hacía servir un *ponche* preparado por sus nobilísimas manos, según la receta que había encontrado manuscrita en el márgen de un antiguo cronicón de familia. Y á fe que el ponche era sabro-



EMILIA PARDO BAZAN

sísimo y probaba que el huraño señor feudal ó atildado cortesano que de tan sabia receta hacia uso, era experto sibarita. En seguida me llevó la señora Pardo Bazán á su gabinete de trabajo en donde me obsequió uno de sus últimos libros y me dió cartas de presentación para Mosen Cinto, Rusiñol, Riquer, Guimerá y Pompeyo Gener.

Encantado estaba yo del bondadoso recibimiento que me había hecho la ilustre escritora: de buena gana me hubiera quedado más tiempo escuchando su brillante y sustanciosa charla, pero lo avanzado de la hora, tratándose de una primera visita, por una parte, y el compromiso de ir á la tertulia sabatina de don Juan Valera; por otra, me obligaron á despedirme. Pero esa noche estaba yo de suerte: doña Emilia también concurría ese sábado á la tertulia del autor de *Pepita Jiménez*, y tuve el honor de acompañarla.

En casa de don Juan, los bríos y la elocuencia de la dama gallega se centuplicaron. Nada de extraño tenía que su palabra fácil, fluída, vibrante y saturada de conceptos se impusiera á la dificultosa y tímida de un pobre diablo de escritorzuelo de allá, de las lejanas Américas, como si dijéramos de las Batuecas; pero sí era admirable que el talento y la locuacidad de doña Emilia se impusiera entre tantos espíritus de alta cultura y erudición literaria como los que rodeaban esa noche á don Juan Valera. Recuerdo que, entre otros tópicos que fluían naturalmente de la conversación, se trató de comparar á Shakespeare con Calderón de la Barca. Don Juan Valera con entusiasta y galana palabra sostenía la superioridad del poeta español sobre el inglés; y todos los tertuliantes, sea por condescendencia para con el ilustre anciano ciego, sea por espalmo no menos ciego, le apoyaban. Doña Emilia soste-

nía con todo el fuego de su alma la incomparable superioridad del genio inglés; con admirable brillantez y erudición analizaba la obra de ambos, en un desborde incontenible de razones y juicios verdaderamente sólidos. Los demás no las aceptaban, sonreían sin discutir las, limitándose á apuntar con cierto aire dogmático una que otra observación. Yo escuchaba y aprendía y meditaba. En un momento de calor, viéndose rodeada de contendores y notando que sólo yo aprobaba con movimientos involuntarios su tesis, se volvió hacia á mí lanzándome este escopetazo:—¿Y usted, Palma, como juzga la cuestión? Créa usted también que nuestro Calderón, imitador, filósofo sin filosofía, pueda ser comparable á ese insigne creador de arquetipos dramáticos, á ese genio colosal é inimitable que se llamó Williams Shakespeare?—En ese momento hubiera querido estar á cien leguas de distancia. Mis convicciones y la galantería me llevaban por un lado á dar la toda la razón; el respeto á don Juan Valera, por otro, me llevaba á no contrariarle, tanto más cuanto que veía que todos le apoyaban. No sé lo que dije: creo que opté por el camino de las ambigüedades repitiendo malamente algunos lugares comunes de los que ni Dios habría podido desentrañar mi leal opinión respecto á cuál era superior, si el autor del *Hamlet* ó el de *La Vida es Sueño*. Pero si bien es cierto que en mi fuero interno apoyaba franca é incondicionalmente las razones de doña Emilia, en cambio vi con pena que habló con poco respeto y hasta con crueldad y desdén de Zorrilla. Y todo por qué? Porque el poeta la llamó en unos versos, poco antes de morir:—*la inevitable Emilia*. Y pensé:—Oh mujeres! si vosotras rigierais el mundo, vuestras las leyes serían sólo la expresión de todos vuestros rencores y susceptibilidades!

CLEMENTE PALMA.

LA CANCIÓN DEL ORO

QUÉL día, un harapiento, por las trazas un mendigo, talvez un peregrino, quizás un poeta, llegó, bajo la sombra de los altos álamos, á la gran calle de los palacios, donde hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórvido, el agata y el mármol; en donde las altas columnas, los hermosos frisos, las cúpulas doradas, reciben la caricia pálida del sol moribundo.

Había tras los vidrios de las ventanas, en los vastos edificios de la riqueza, rostros de mujeres gallardas y de niños encantadores. Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdores salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasadas y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y allá en los grandes salones, debía de estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estátua, el bronce chino, el tabor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego las lunas venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera. Oh, y más allá! Más allá

el cuadro valioso dorado por el tiempo, el retrato que firma Durand ó Bonnat, y las preciosas acuarelas en que el tono rosado parece que emerge de un cielo puro y envuelve en una onda dulce desde el lejano horizonte hasta la yerba trémula y humilde. Y más allá.....



(*Muere la tarde.*

Llega á las puertas del palacio un break flamante y charolado, negro y rojo. Baja una pareja y entra con tal soberbia en la mansión, que el mendigo piensa: «decididamente, el aguilucho y su hembra van al nido». El tronco, ruidoso y azogado, á un golpe de fusta arrastra el carruaje haciendo relampaguear las piedras. Noche.)



Entonces, en aquel cerebro de loco, que ocultaba un sombrero raído, brotó como el germen de una idea que pasó al pecho y fué opresión y llegó á la boca hecho himno que le encendía la lengua y hacía entrechocar los dientes. Fué la visión de todos los mendigos, de todos los desamparados, de todos los miserables, de todos los sui

cidas, de todos los borrachos, del harapo y de la llaga, de todos los que viven, Dios mío! en perpétua noche, tanteando la sombra, cayendo al abismo, por no tener un medrugo para llenar el estómago. Y después la turba feliz, el lecho blando, la trufa y el áureo vino que hierve, el raso y el moiré que con su roce ríen; el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería y blonda; y el gran reloj que la suerte tiene para medir la vida de los felices opulentos, que en vez de granos de arena, deja caer escudos de oro.



Aquella especie de poeta sonrió; pero su faz tenía aire dantesco. Sacó de su bolsillo un pan moreno, comió, y dió al viento su himno. Nada más cruel que aquel canto tras el mordisco.



«Cantemos el oro!

Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

Cantemos el oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de esa ubre gigantesca.

Cantemos el oro, río caudaloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos á los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece á aquellos que no gozan de sus raudales.

Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y cetros imperiales; y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, é inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

Cantemos el oro, porque podemos ser unos perdidos, y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de la taberna y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva en su disco el perfil soberbio de los césares; y va á repletar las cajas de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas y da la vida y hace engordar los tocinos privilegiados.

Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes, los vestidos á la moda, y los frescos senos de las mujeres garridas; y las genuflexiones de espinazos aduladores y las muecas de los lábios eternamente sonrientes.

Cantemos el oro, padre del pan.

Cantemos el oro, porque es en las orejas de las lindas damas, sostenedor del rocío del diamante, al extremo de tan sonrosado y bello caaracol; porque en los pechos siente el latido de los corazones, y en las manos á veces es símbolo de amor y de santa promesa.

Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan; detiene las manos que nos amenazan, y pone vendas á los pillos que nos sirven.

Cantemos el oro, porque su voz es una música encantada; porque es heroico y luce en las corazas de los héroes homéricos, y en las sandalias de las diosas y en los coturnos trágicos y en las manzanas del jardín de las Hespérides.

Cantemos el oro, porque de él son las cuerdas de las

grandes liras, la cabellera de las más tiernas amadas, los granos de la espiga y el péplo que al levantarse viste la olímpica aurora.

Cantemos el oro, premio y gloria del trabajador y pasto del bandido.

Cantemos el oro, que cruza por el carnaval del mundo, disfrazado de papel, de plata, de cobre y hasta de plomo.

Cantemos el oro, amarillo como la muerte.

Cantemos el oro, calificado de vil por los hambrientos; hermano del carbón, oro negro que incubaba el diamante; rey de la mina, donde el hombre lucha y la roca se desgarran; poderoso en el poniente, donde se tinte en sangre: carne de ídolo, tela de que Fidiás hace el traje de Minerva.

Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el láuro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisiaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro y en el champaña que burbujea, como una disolución de topacios hirvientes.

Cantemos el oro, porque nos hace gentiles, educados y pulcros.

Cantemos el oro, porque es la piedra de toque de toda amistad.

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por el sufrimiento; mordido por la lima, como el hombre por la envidia; golpeado por el malleto, como el hombre por la necesidad; realzado por el estuche de seda, como el hombre por el palacio de marmol.

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Hermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca y por amigos las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y salvajes del yermo.

Cantemos el oro, dios becerro, tuétano de roca, misterioso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota á pleno sol y á toda vida, sonante como un coro de tímpanos; feto de astros, residuo de luz, encarnación de eter.

Cantemos al oro, hecho sol, enamorado de la noche, cuya camisa de crespón riega de estrellas brillantes, después del último beso, como una gran muchedumbre de libras esterlinas.

¡Eh, miserables, beodos, pobres de solemnidad, prostitutas, mendigos, vagos, rateros, bandidos, pordioseros, peregrinos, y vosotros los desterrados, y vosotros los holganes, y sobre todo, vosotros, oh poetas!

Unámonos á los felices, á los poderosos, á los banqueros, á los semi-dioses de la tierra!

Cantemos el oro!«



Y el eco se llevó aquel himno, mezcla de gemido, diti-rambo y carcajada; y como ya la noche oscura y fría había entrado, el eco resonaba en las tinieblas.

Pasó una vieja y pidió limosna.

Y aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, le dió su último mendrugo de pan petrificado, y se marchó por la terrible sombra, rezongando entre dientes.

LAS MANIOBRAS DEL EJERCITO

La instrucción militar ha alcanzado en la guerra moderna importancia primordial. El empleo de armas perfeccionadas, la rapidez de las movilizaciones y movimientos, entrañan la obligación de dar al soldado una instrucción técnica completa en el tiempo relativamente corto del servicio obligatorio.

La profesión militar está muy lejos de ser una profesión de perezosos; no se ejecutan en ella sino trabajos útiles, y el simple soldado tiene más tiempo de faena que el más laborioso obrero. Es preciso habituarlo á la marcha, endurecerlo á la fatiga, adiestrar su vista y acostumar sus manos para que pueda emplear eficazmente sus armas, desarrollar su inteligencia y su moral, que en la crisis suprema del combate han de impulsarlo hacia adelante, han de retemplarle el corazón y han de hacerle afrontar el peligro sin vacilaciones.

Al oficial, de todo grado, toca la alta misión de prepararlo, en la paz, y dirigirlo en el combate "y si por su ignorancia é impericia—dice el Reglamento de Infantería—expone locamente su tropa á pérdidas exajeradas, que podría evitar obteniendo los mismos resultados, será el único responsable de la sangre que se derrame, primero ante la Patria y después ante Dios."

En guarnición, en la práctica diaria, siguiendo métodos cuidadosamente escogidos, se desarrollan estas cualidades en la tropa; pero iniciada la guerra, la misión del soldado tiene cierta latitud de acción, en la que debe mostrar energía para sostenerse y para causar el mayor daño al adversario. Los oficiales, por el estudio de los hechos de guerra, de los perfeccionamientos de los elementos de combate, "por el trabajo de todos los instantes", adquieren la aptitud indispensable para instruir buenos soldados en el cuartel; pero es sólo en las maniobras—que dan sobre el terreno la lección de la práctica que confirma la teoría—donde los primeros aplican la instrucción recibida y los segundos ejercitan su iniciativa en las mismas condiciones de la guerra y pueden darse cuenta del juego y acción de las diversas armas en el combate.

Este es, en síntesis, el objeto de las maniobras que con tan halagadores resultados ha realizado ultima-

mente nuestro ejército, no porque se haya alcanzado una perfección imposible, sino precisamente porque se han señalado los errores que es preciso corregir, las faltas que es necesario subsanar, las tendencias que son indispensables de cambiar; pero, al mismo tiempo, han puesto en evidencia el adelanto alcanzado por nuestras tropas, y la buena organización de los servicios de sanidad é intendencia que han funcionado por primera vez.

No corresponde á la índole de esta publicación hacer una descripción técnica y detallada del desarrollo de las maniobras, tanto más que ya ha sido hecha por la prensa diaria, pero el lente fotográfico del corresponsal, ha sorprendido, con la exactitud del momento, diversas

situaciones, que mejor que todos los argumentos dan idea del desarrollo de tan interesantes operaciones.

La columna de maniobras se componía de 4 batallones, 5 escuadrones y 5 baterías, $\frac{1}{2}$ compañía de ingenieros y ambulancia.

El cuartel general constaba formado por el personal siguiente:

Director de las maniobras y comandante de la columna: Teniente coronel Fernando Goubeau.

Jefe de Estado Mayor: Teniente coronel Alejandro Arenas, con 4 oficiales adjuntos.

Inspector de artillería: Teniente coronel Larrañain.

Inspector de caballería: Teniente coronel Romieux.

Cirujano mayor: Doctor Evaristo Chaves.

Jefe de la infantería: Teniente coronel Benjamín Puente.

Jefe de la caballería: Teniente coronel Emilio Soyer.

Jefe de la artillería: Teniente coronel Moisés B. Cornejo.

Fué el supuesto, que fuerzas del enemigo ocupaban Lima, mientras las fuerzas nacionales se reorganizaban al N. del río Chillón. La maniobra se dividió en tres períodos, con dos días de descanso. Cada período comprendía el desarrollo de un tema, con una situación particular.

El tema se comunicaba á los jefes de partido, en las primeras horas de la mañana, dándoles sólo el tiempo necesario para preparar el movimiento de sus tropas.



COMANDANTE GOUBEAU

El comandante director señalaba diariamente, en la orden de la columna, la hora inicial de la maniobra, la que seguía sin interrupción hasta el momento que la situación se definía, dejando á cada jefe de partido amplia iniciativa para marchar, descansar ó combatir.

Cada partido mandaba inmediatamente su caballería á tomar el contacto con los exploradores del contrario, haciendo avanzar respectivamente el grueso de sus fuerzas. Iniciada la lucha, seguía el despliegue progresivo de los diversos escalones que entraban en la acción, hasta la señal de *cesar el fuego* y de *reunión*, dada por el director de las maniobras, para que los oficiales superiores acudieran á la crítica y las tropas se dispusieran para la instalación del vivac, que en pocos minutos, como una ciudad de lienzo, con calles simétricas y alineadas, se levantaba en el sitio designado.

No ha sido raro, tampoco, que algunas veces terminase la maniobra sin combate, por haber conseguido su objeto uno de los partidos, burlando la vigilancia del contrario.

Este sistema de maniobras, el que más se aproxima á la realidad, resultó sumamente interesante, no sólo para los profesionales sino para el público que acudía á ellas, siguiendo á corta distancia al director, juzgando que éste había de colocarse en el punto donde la acción se resolviera; pero en ocasiones, como se comprenderá, no era tan fácil establecer precisamente este punto de antemano, por desarrollarse las operaciones en una zona muy

extensa, terminando la maniobra con disgusto de los curiosos que iban de Lima á pie y que habían de conformarse con sentir de lejos el ruido de los disparos.

S. E. el Presidente, el general Ministro de Guerra y la misión boliviana, asistieron dos días á las maniobras.

Los jefes del ejército sin mando de tropas, siguieron constantemente la marcha de la columna, alojándose á inmediaciones del vivac.

La maniobra del último día, que figuraba el rechazo de las fuerzas enemigas sobre el Callao, fué presenciada por numeroso público desde la hacienda *Villa Señor*, donde S. E. revistó á las tropas, que después de diez días de vida de campaña y marchas constantes, ejecutó correctamente los movimientos de desfile, y la caballería una carga al galope y en batalla con 600 ginetes.

La feliz iniciativa del Ministro de la Guerra, habilmente secundada por el Comandante Goubeau, de la misión francesa, director de las maniobras, á la vez que ha venido á complementar la preparación de nuestras tropas, ha contribuido á realzar las fiestas que el Perú ha ofrecido al general Sáenz Peña.

Y el público, que comprende que el ejército es la concentración de las fuerzas vivas y del poderío de la nación, la medida de su resistencia, lo ha aplaudido en las maniobras con patriótico entusiasmo, como lo hizo en la inauguración del monumento á Bolognesi y en la revista de la Escuela Militar.

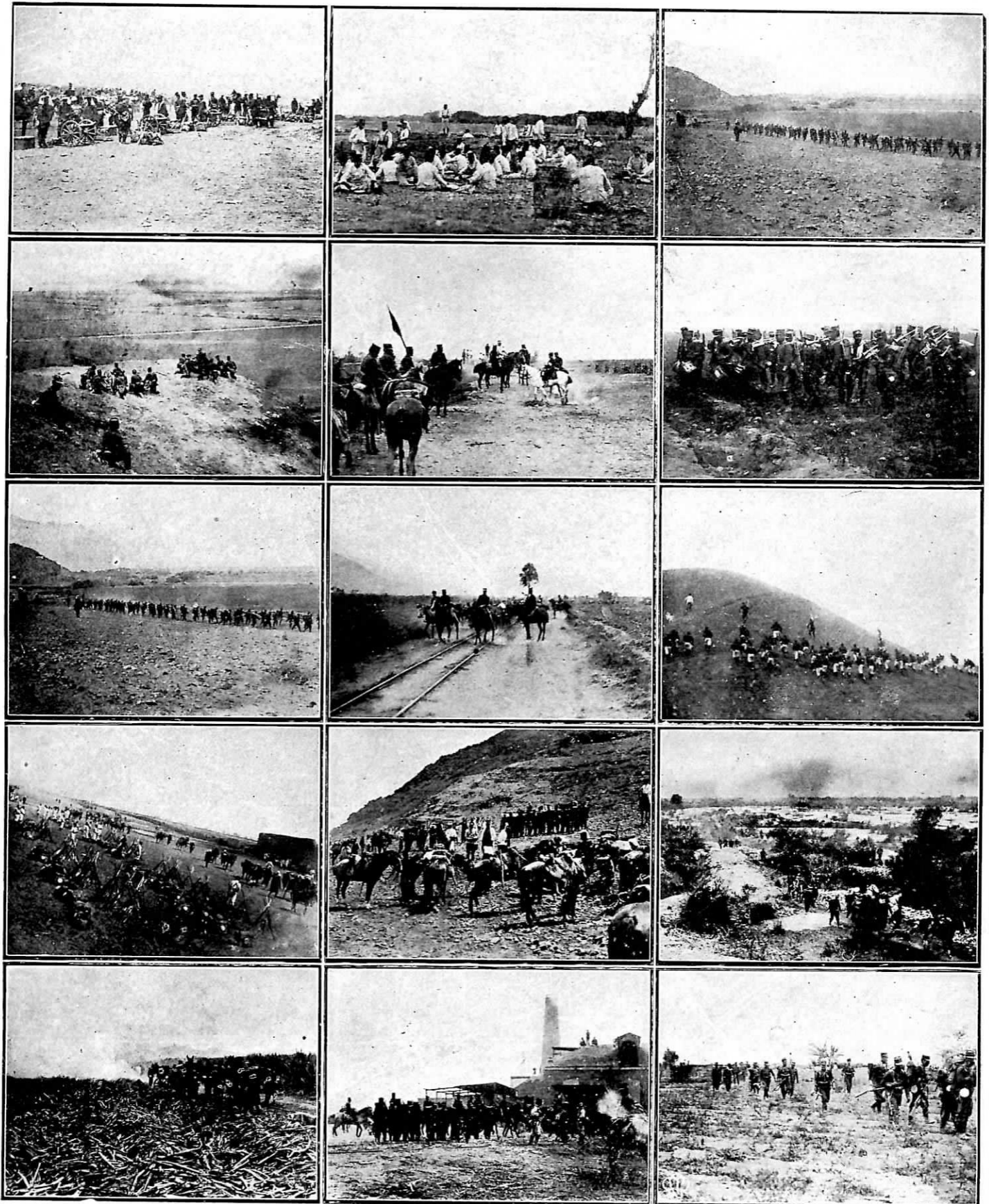


BANQUETE OFRECIDO AL COMANDANTE GOUBEAU, POR SUS COMPAÑEROS DE ARMAS EN LAS MANIOBRAS

Foto. Moral



Durante las maniobras



Durante las maniobras



Durante las maniobras

Directores de teatros de Paris

Ser director de teatro en París, es ser *una notabilidad*, y quienes tal honor alcanzan, son literatos, artistas, genios musicales ó escenógrafos, más que financistas y empresarios á la americana. El más sencillo de los *cabarets*, luce un señor por lo común muy gordo y alegre que lleva el título de director. Sus labores son peliagudas: nada menos que de críticos seleccionadores, obligados á ofrecerle al público exigente y hábil, primicias



M. Claretie
Administrador de la Comedia Francesa

novedosas, *clous* colosales, sorpresas y *reprises*, creaciones, resurgimientos y *etoiles* sorprendentes; todo por unos cuantos reales y buenos aplausos. Desde el sainete burlesco y *d'esprit*, hasta la tragedia filosófica y helénica; desde la armonía cancanesca, hasta el ritmo wagneriano, todo tiene su público y su *succés*.

De aquí la importancia intelectual y artística que representa un director de teatro. Buscado por todos,

tro, es un señor que piensa menos y que cuenta más; que sabe contratar, comprar derechos á autores y hacer *reclames*; pero no es como en Francia un artista, ni un intelectual, ni un erudito.

De aquí la selección de teatros en París; de sus actores, de sus obras y de sus triunfos internacionales. Todo lo que es arte, nace y se bautiza en la Ciudad Luz.

Los teatros oficiales, son verdaderos pensionados y cárceles del arte. Un pensionista de la Comedia Francesa, de M. Claretie, está incapacitado para hacerse aplaudir en Londres y menos, por supuesto, en el mismo Paris fuera de la casa propia. Conocidos son los procesos y las indemnizaciones á que ha dado lugar cualquier alarde de libertad de los pensionistas.

En teatros de menos disciplina y monopolio, sus artistas viajan, cambian de director y pasan de escena en escena, particularmente cuando se les necesita para hacer en ciertas obras determinado papel, que ellos han creado, ó en el que el público acostumbra aplaudirles.



M. Ginisty
Director de l'Odeon

autores é intérpretes, es el alma de los triunfos, el que recibe las felicitaciones en las «primeras» y el que reparte buenos dividendos á los accionistas. Debe saberse que casi todos esos teatros pertenecen á sindicatos y compañías, menos los oficiales, la Gran Opera, Opera Cómica, la Comedia francesa, el Odeón y el particular de Sarah Bernhardt. Antoine es actor, director y principal accionista; Porrel, es



M. Gailhard
Director de la Opera

el esposo de la Rejane y director del teatro del Vaudeville donde ella trabaja; M. Gailhard, de la Gran Opera, es todo un científico en materia musical y escenografía; Claretie, el gran Claretie, de la Comedia es académico, gran escritor y crítico. M. Carré de la Opera Cómica, es un espíritu refinado, especialísimo, un soñador y un poeta.

En otras partes, entre los anglo-sajones, por ejemplo, un director de tea-



M. Porel
Director del Teatro del Vaudeville



M. Guitry
Del Teatro de la Renaissance



M. Samuel
Teatro de Varieties



M. Antoine
Teatro Antoine



M. Carré
Director de la Opera Cómica



M. H. Hertz
Director del teatro de la Gaité



M. Franck
Director del teatro de Gymnase

FIERAS Y DOMADORES

Muy conocida es la historia de aquel inglés espléndico y ávido de violentas sensaciones que seguía por todas partes al domador Hamburger. Viéndole éste asistir, siempre fiel é impasible, á cada una de sus exhibiciones, concluyó por dirigirle la palabra un día, después de terminado el espectáculo:

—Os interesan mucho los ejercicios de mis leones; ¿verdad, señor?

—Nó—le respondió el inglés—lo que me trae aquí es la esperanza de que os coman.

Este «incidente», deseado por tan amable espectador, puede ocurrir en cualquier momento y amenaza en todo instante la vida de los domadores. Basta pensar en que uno solo de los animales que exhiben, leones, tigres, etc., basta para matarles de un zarpazo ó tarascada.

El domador debe estar siempre vigilante. Su arte consiste en dominar por inteligencia y sangre fría, la fuerza brutal y feroz de sus educandos. Conseguirlo no es fácil, como se comprende.....

Cuando el león, tigre ó pantera, hecho de repente cautivo en el desierto natal, llega, aullando en su móvil jaula, ante su futuro amo, trae una buena reserva de furor exacerbado. Naturalmente, ruge y muestra las uñas apenas un hombre se aproxima á los hierros de su prisión; el que se atreviera á entrar sería inmediatamente hecho pedazos.

¿Cómo va á componerse el domador, para llegar á su objeto, con esta bestia furiosa?

Pues con la ayuda de una silla; sí, una sillita de madera y paja, sacrificada de antemano á su desventurada suerte. Dicha sillita se introduce á la jaula con infinitas precauciones: la fiera se precipita sobre ella; en un santiamén la destroza, la aniquila. Pero, al día siguiente, se introduce una segunda silla, que corre la misma aventura. Y así sucesivamente. Sólo que cuando la fiera ve aparecer el tercero y el cuarto y el quinto día la eterna silla, acaba por resignarse á su presencia y desdeñar la presa inútil y eterna. Así se ha dado «el primer paso».



Educador de fieras

Luego, durante el sueño de la fiera, que se procura más profundo con la ayuda de un narcótico, se penetra en la jaula y se le pasa alrededor del cuello un recio collar sujeto á una fuerte cadena, que, por el otro extremo se fija bien segura en el techo de la caja. Cuando la bestia esta próxima á despertar, el domador entra y se sienta sobre la silla que en días anteriores ha sido despreciada. León, ó tigre, se precipitará sobre el hombre..... pero el collar lo sujeta, lo contiene. Durante ocho días consumirá así sus fuerzas en inútiles tentativas de alcanzar la presa. Y el domador vendrá todos los días á sentarse en la silla y á desafiar las iras de la fiera, que, al fin, se desalienta y concluye por aceptar lo que no puede impedir.

Viene ahora el momento supremo para el domador; el momento en que debe desplegar toda su audacia, todo su coraje. Se ha desatado á la bestia; el hombre rifa su vida. Trágico instante! Generalmente el animal se precipita como un rayo, á la garganta del hombre, trepando de furor el cuerpo y con sus quinientas libras de nervios y músculos listos á caer sobre el odiado carcelero. Pero el domador ha tomado sus precauciones, armándose en consecuencia. Lleva un ancho collar de espeso cuero; sobre el pecho una coraza de paja (la paja es el mejor protector contra las uñas terribles de las fieras, que se resbalan en ella, sin poder encar); y, protege su cabeza por una especie de enrejado de hierro. En una mano lleva una horqueta y en la otra la famosa silla. La silla va á servir de escudo; sus cuatro patas se interponen entre el hombre y la bestia exasperada, en tanto que la horqueta despuntada, contiene su ímpetu, siempre sin herirla, y la obliga á debatir sus zarpas impotentes en el aire. Caen al suelo la fiera, pero para dar dar una nueva arremetida. El domador, sudoroso y constante, apela á un recurso decisivo; con el mango de la horqueta pega á la bestia en su parte más sensible: en la nariz. Nueva reculada y esta vez con un rugido de dolor.

Después de algunas escenas semejantes la fiera está definitivamente domada: ha encontrado su amo. Le odia



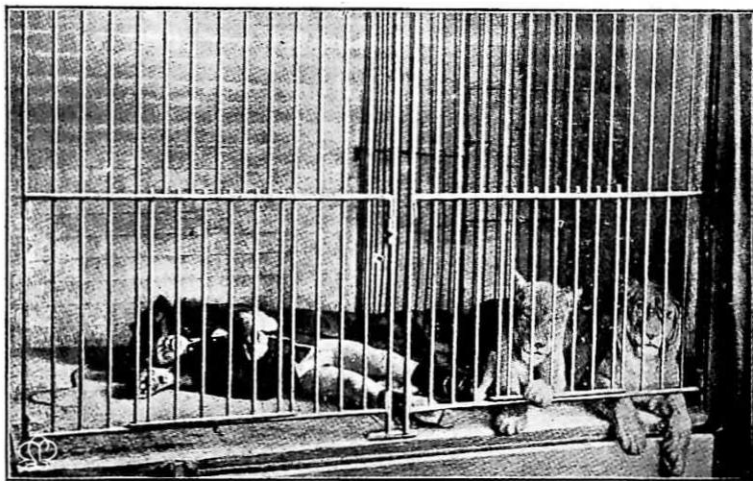
El domador EMMANUEL en traje de carácter

y le odiará siempre, pero renuncia á matarle. Hay gentes especiales para esta á modo de esgrima que constituye la primera parte de la doma de bestias feroces; no sólo necesitan disponer de mucha sangre fría y valor, sino de cierta ciencia de «las paradas», de todos esos movimientos regulados que aseguran el dominio del hombre sobre la fiera. Casi todos los domadores tienen á su servicio estos «desbastadores» de profesión, que les alivian de las primeras rudas fatigas, á menudo con peligro de la vida.

Entre los domadores célebres se recuerda en primera línea á Martin, que llegó á manejar sus fieras como á perros sábios, hasta hacerles perder por completo sus terribles instintos. Hizo escribir, para representarla dentro de sus jaulas, una pieza melodramática, y toda Europa pudo gozar del extraño espectáculo, en que leones y pante-ras desempeñaban sus papeles, midiendo sus rugidos y sus actitudes como cualquier actor obedece á las acotaciones que le dicta el consueta.

La actriz inglesa Russell recitó un monólogo en la jaula de leones del domador Ridel. En el drama de Verne, *La vuelta al mundo en ochenta días*, elefantes, leones auténticos y otras tremendas alimañas, impresionaban á los espectadores, figurando entre los árboles de un bosque indostánico.

Por atrapar una dote ofrecida por el domador, tres parejas de novios consintieron en casarse dentro de una jaula de fieras, y éstas se portaron con mayor discreción



Descanso peligroso

que los ordinarios concurrentes á ceremonias de tanta trascendencia.

Por desgracia, las esperanzas del inglés que citamos al principio de este artículo, se realizan más á menudo de lo que parece. Carlos y Lucas, domadores de fama en su tiempo, fueron devorados durante una representación; una joven inglesa, Mrs. Brighth, fué muerta por un tigre en 1880; al retirar una noche Bely la cabeza de entre las fauces de un león, éste apretó las quijadas y le hirió en las sienes, pero salvole su serenidad, pues sin inmutarse restañó la sangre de sus heridas y continuó la representación. Iguales riesgos han corrido Madlle. Leprince, Luisa Drozier, la Morelli y muchos otros que el espacio de que disponemos nos impide citar.



ED TUNDO PEZON y su león gigante "Príncipe"



En las fauces del león





“A través de un prisma” - Crónicas limeñas

AL reanudar mis labores periodísticas después de un descanso de tres meses, impuesto por traidora dolencia, mis primeras frases deben ser destinadas á expresar la gratitud que debo á la redacción de PRISMA por las muy amables que usó al dar cuenta á sus lectores del motivo por el cual se suspendía mi modesta colaboración. Estas frases *de mis estimables colegas* (nadie negará que tomo á lo serio mi papel) rebuscadas en el diccionario del sentimiento, y reveladoras de un afecto que, si bien me lisonjea, no despertará en mí vanidad ni pretensiones, porque son defectos que aborrezco con toda mi alma, serán, sí, estímulo poderoso para el cumplimiento del deber que voluntariamente me he impuesto.

—E—

Por mucho que algunos digan por allí de la mujer limeña que es frívola é incapáz de acometer empresas de alguna importancia que tengan trascendencia en la vida social del país, yo no puedo asentir á semejante opinión, que, mirándolo bien, no está sustentada en la verdad, sino en la equivocada creencia que tienen muchos hombres de que sólo ellos están dotados de voluntad, resolución y energía suficientes para llevar á cabo ese género de empresas.

La misión que dentro del santuario del hogar desempeña la mujer en su condición de madre, misión hermosísima é incomparable, no es considerada ahora como lo fué en tiempos pasados, como un simple deber de conservación de la especie, impuesto por la naturaleza. A medida que se han profundizado los estudios sociales, que hoy constituyen una verdadera ciencia, las ideas que predominaban sobre este particular han ido evolucionando hasta el punto de que ya nadie discute la influencia que la mujer-madre ejerce sobre el progreso y mejoramiento de las sociedades.

¿Acaso no es ella la que forma, sostiene y educa al niño que, mañana, convertido en hombre, puede encarnar los ideales de la patria?

Pero, por muy alta y trascendental que sea esa misión, no era á ella á la que me refería, pues, que yo sepa, la soberbia de los hombres no ha llegado hasta el punto de negar que nuestras mujeres desempeñan sus deberes de madres con abnegación completa, con verdadero y pleno convencimiento de que la crianza y educación de sus hijos tiene altísima significación en el desenvolvimiento de nuestros pueblos, en la marcha progresiva de nuestra nacionalidad.

Dotada la mujer, como el hombre, de inteligencia clara, de voluntad resuelta, de carácter suficientemente

enérgico para luchar con el mal hasta vencerlo y dominarlo, ¿porqué pretender reducirla á esa labor que, aunque nobilísima é interesante, no constituye ni debe constituir el desideratum de su existencia?

Procediendo sin franqueza, con refinada hipocresía, se ha atribuido á frivolidad de la mujer limeña lo que era obra exclusiva de un feo egoísmo en los hombres. Estos no deseaban que aquélla traspasara los límites del hogar; querían tenerla como maniatada por sus obligaciones domésticas, dentro de esos límites. Por qué? ¿Acaso porque temían que ejercitándose su acción en un escenario más vasto, pudiera competir con ellos y arrebatárles en parte la supremacía de que gozan en nuestro pequeño mundo social? Si así fuera, no revelarían por ese temor sino su *debilidad*, merecedora de una sonada derrota en la lucha que se entable entre ambos sexos.

Los hechos tienen también su lógica; si se aceptan las consecuencias, ¿cómo negar las premisas? La relación de causas y efectos no es arbitraria, sino ordenada y fatal.

La *frívola* mujer limeña, sin abandonar á sus hijos á los cuidados de nodrizas mercenarias, sin descuidar los menesteres del hogar, llevada de su caridad ardiente, no de una vana filantropía, acudió presurosa á los hospitales de sangre, establecidos con sus esfuerzos y sostenidos con el producto de sus economías, cuando la metralla enemiga diezmaba las filas de los defensores de la honra nacional; y era de admirar entonces la entereza, la abnegación que desplegaba á la cabecera de nuestros heridos, á los que, improvisada hermana de la caridad, asistía con esmero, curaba con prolijidad y rodeaba de todo género de atenciones.

Allá, en nuestras regiones del Oriente, cuyas riquezas despiertan ahora la atención de los propios y la codicia de los extraños, cientos de miles de hombres, hermanos nuestros, yacen en la barbárie..... Pues bien: la mujer limeña, iluminada por su ardiente fe, organizó sociedades que ella misma sostiene, exclusivamente destinadas á fomentar la evangelización de esas tribus salvajes, obteniendo como única recompensa la satisfacción de ganar almas para su Dios y ciudadanos para su patria.

La miseria cunde en los humildes hogares con todos sus horrores, y las víctimas de ella sólo cuentan con el auxilio diario y la protección permanente de la mujer limeña, que se esfuerza y multiplica para llevar el pan á las bocas hambrientas y cubrir las carnes de los desnudos.

Muchos hogares, ilegítimamente establecidos, con daño evidente para la sociedad, hallan en la mujer li-



Foto. Moral

Señoritas que tomaron parte en la velada del CENTRO SOCIAL





Monseñor CARLOS GARCIA IRIGOYEN

meña cuanto es preciso para perfeccionar su condición; y los niños que en ellos nacen, inocentes criaturas destinadas tal vez á perecer en el más completo desamparo, ó á pervertirse en el abandono en que á menudo se las deja, no sólo son legitimadas por sus padres, sino que se les cuida y educa merced á la solicitud que desplega y á los medios que se arbitra con su ingenio, y distribuye con prudencia y método, la mujer limeña.

La enseñanza primaria que el Estado tiene el deber de proporcionar gratuitamente, circunscrita como se ha hallada hasta ahora, á muy estrecho límite, ha tenido en la mujer limeña un colaborador asídno, inteligente y perseverante, gracias al cual centenares de niños de ambos sexos, y aun numerosos adultos, gozan hoy del inapreciable beneficio de saber leer, escribir y contar; de conocer los deberes elementales del hombre y sus derechos más sagrados.

Si esa es, en breve síntesis, la obra de la mujer limeña, ¿cómo puede motejársela de frívola?

Nó; quien es capaz de acometer y concluir obras semejantes revela estar dotada de capacidad suficiente para iniciar y concluir otras más trascendentales. Entonces ¿por qué extrañarse de la organización del *Centro Social* de señoras y de la amplitud de su programa?

Bien han hecho, pues, los altos poderes del Estado y las instituciones locales al prestar el apoyo que de ellos demandara el *Centro Social* para la realización de sus fines; bien ha hecho el público de Lima al acudir presuroso y entusiasta al llamamiento que le hicieran las distinguidas damas que constituyen ese *Centro*, para la hermosa fiesta que organizó con el fin de allegarse fondos, y que tan satisfactoriamente se realizó en el palacio de la Exposición en la noche de' 20.

Mejor que reseñar esta fiesta, me parece oportuno, útil, decir qué se propone el *Centro Social*. La vulgarización de su programa, formado al calor del patriotismo, será el contingente con que yo contribuya á la realización de un pensamiento verdaderamente hermoso, verdaderamente altruista.

Educar á la mujer y amparar al niño: he ahí, reducido á su última expresión, el programa del *Centro Social*.

He dicho *educar*, lo que, ciertamente, es muy distinto de *instruir*.

Si nuestra sociedad marcha resueltamente hacia el progreso: si el desarrollo de nuestro comercio y nuestras industrias abre nuevos horizontes al trabajo de la mujer, limitado hasta hace poco, debe éste iniciarse y sostenerse en condiciones de que no sólo obtenga para sí todos los beneficios que legítimamente puede reportar, sino que, reemplazando al hombre en todos los trabajos en que pueda hacerlo, apenas le deje el monopolio de la acción en aquellas labores que, como la minería, la mecánica, las armas, la navegación, la agricultura, tienen que ser siempre de su exclusiva competencia.

Por lo que toca al niño, nadie puede relegar á dnda la imperiosa necesidad de rodearlo, desde su más tierna edad, de asídno cuidados; de ponerle á cubierto de los innumerables peligros á que está expuesto, tanto en el orden físico como en el moral; de propender por todos los medios que la higiene moderna preconiza para conseguir su completo desarrollo intelectual y material.

Si con tiempo no prevenimos el inmenso mal que acarrea la mortalidad infantil, que, según nuestras imperfectas estadísticas, llega á alcanzar cifras aterradoras; siendo, como es, de difícil y tardía solución el problema de la inmigración europea, el Perú lejos de aumentar en población, importante punto que á todos con sobra de motivo nos preocupa, la verá decrecer gradual y seguramente.

La acción del *Centro Social* de señoras, encaminada á la realización de tan elevados y nobles fines, merece, pues, que se le prodigue los más entusiastas aplausos, que se le preste incondicional apoyo, que se le aliente por todos los medios y en todas las formas; y su iniciadora, la señorita Zoila Aurora Cáceres, nuestros más sinceros parabienes.

Han regresado á la patria, después de recorrer en rápido viaje las principales capitales europeas y las más prósperas ciudades de los Estados Unidos, el distinguido caballero y notable jurisconsulto doctor don Emilio



Señor MANUEL JESUS OBIN

A. del Solar y su estimable esposa, señora doña María Lastres.

Sabiendo, como saben, los esposos del Solar, el afecto y deferencia que les profesa nuestra sociedad, tienen que comprender que su regreso al seno de ella ha causado general satisfacción.



Anúnciase como cosa segura que el gobierno de Chile acreditará su representante diplomático en Lima al señor Rafael Balmaceda—hermano del que fué famoso presidente de aquella República, don José Manuel, de trágico fin—caballero de excelentes prendas personales, político muy distinguido y espíritu culto y bien equilibrado. Probablemente vendrá con él su bella esposa, señora Ana Bello Codecido de Balmaceda, nacida en esta capital, donde pasó su infancia.

Con la buena esperanza de que la misión confiada por nuestro Gobierno al doctor Alvarez Calderón en Santiago, y la que trae á Lima el señor Balmaceda, resuelvan satisfactoriamente las cuestiones pendientes entre ambos países, tenemos el agrado de ilustrar las columnas de esta Crónica con los retratos de nuestros próximos huéspedes.



PRISMA tiene hoy el agrado de publicar los retratos de los dos jóvenes y distinguidos diputados por el cerado de Lima, doctores don J. Matias Manzanilla y don Mariano I. Prado y Ugarteche. La interesante discusión habida en los últimos días en la Cámara á que ambos pertenecen é ilustran, con motivo del proyecto de ley sobre riesgo profesional y protección á los obreros, ha probado el acierto con que el pueblo de Lima les confirió su representación parlamentaria.



Foto. Spencer y C.^a-Santiago
Señor RAFAEL BALMACEDA



Foto. Spencer y C.^a-Santiago
Señora ANA BELLO CODECIDO DE BALMACEDA

Monseñor Carlos García Irigoyen, secretario del cabildo eclesiástico y del Illmo. señor Arzobispo, celebrará el próximo lunes 4, sus bodas de plata ó sea el vigésimo quinto aniversario de su ordenación sacerdotal.

Clérigo ejemplar, orador elocuente y persuasivo, escritor de nota, monseñor García Irigoyen ocupa lugar prominente entre los dignatarios de la iglesia peruana y en la culta sociedad de nuestra capital, que lo distingue con su afecto y lo tiene ya señalado para el ejercicio de más elevadas funciones.

PRISMA presenta á monseñor, cuyo retrato engalana una de estas páginas, por el motivo expresado, sus respetuosos parabienes y formula muy sinceros votos porque, prosiguiendo su hermosa carrera con el mismo brillo que hasta hoy, llegue á celebrar, junto con todos los suyos, sus bodas de oro.



Con verdadero sentimiento trasmito á los lectores de esta crónica, la triste, dolorosa noticia, de hallarse gravísimamente enfermo, casi sin que pueda alentarse esperanza alguna de favorable reacción, el estimable caballero y notable hombre público don Manuel Jesús Obín.

Los que han tenido la suerte de tratar de cerca, íntimamente, al señor Obín, pueden apreciar en toda su magnitud lo que significará su fallecimiento. Espíritu culto y perfectamente equilibrado, sagaz, sincero, consecuente, tras una engañosa apariencia de retraimiento y severidad, ha encerrado todas las cualidades necesarias para hacerse respetar y querer. Con su muerte, el país sufrirá una verdadera pérdida, tanto más deplorable cuanto que, en la plenitud de la vida, todavía podía haberle prestado servicios de valía, tanto ó más importantes que los que constituyen su bagaje de historiador, estadista y literato ameno.

LA FOTOGRAFIA DEL PORVENIR

(Discurso pronunciado por el sabio Sesostris Arcanófilo Eurekaard, en el Club de los "Precursores del Porvenir")



«Nó, señoras! Nó, caballeros! La fotografía no ha dicho aún su última palabra! Tenemos el derecho de esperar, todavía, estupendos descubrimientos y aplicaciones. Transportémosnos, con el pensamiento, al siglo XXI, y consideremos los cambios que precisamente ha de traer a la vida social el progreso del arte fotográfico.

Por supuesto que se habrá llegado á transmitir la fotografía á distancia; se habrá descubierto así el *teléfoto*, por medio del cual podrá cada quisque ver á la persona con quien conversa telefónicamente. Asistamos, por ejemplo, á la entrevista de dos personas puestas en relación por la agencia matrimonial *Cupido & Co.*

—Alló, alló, alló! ¿Es usted la dama del aviso 4.395, joven, linda, amable, que busca un marido ideal?

—Sí. ¿Y usted es el caballero del 6.532, buen mozo, elegante, en todo agradable, que busca esposa con las mismas cualidades?

—Sí!



Pero viendo cada cual en el *teléfoto* su respectivo retrato (sin retocar, naturalmente) agregan casi á duo:

—Pero... pero es el caso que he cambiado de opinión; ya no quiero casarme.

Con el *teléfoto* los periódicos, aún los más noticiosos y mejor informados é ilustrados, habrán envejecido; se les reemplazará con grandes lienzos colocados en todos los lugares públicos, en los que serán sucesivamente *telefotados* los sucesos que ocurran en todas partes del mundo.

También el teatro adoptará una reforma. Los actores y cantantes no se fatigarán, como en París, Londres, Viena etc., interpretando su papel 500 veces seguidas en una obra de gran éxito. La representarán en *verdad* una sola vez: la primera; después, su voz, su mímica, cinematografiada y fonografiada de manera que las palabras coincidan perfectamente con los gestos, se reproducirán á domicilio. Así los empresarios no tendrán la amenaza de las anginas de las divas y tenores ni de las jaquecas de las damas y galanes jóvenes.

Es sabido que los rayos X permiten ya fotografiar el cerebro. Manana puede ser (como lo ha presentado el genial hijo de Edison) que ondas más sutiles permitan fotografiar la esencia del cerebro; el pensamiento! Entonces,



el sicólogo no será sino un buen fotógrafo; entónces podrá leerse de corrido en el cerebro de cada persona los deseos más acariciados y el objeto de sus constantes preocupaciones: el novio conocerá los más secretos pensamientos de su prometida, y los electores las opiniones íntimas, los propósitos más ocultos de los que solicitan sus votos. *Tal vez* de ello resulten muchas desilusiones!



Muestra de una noticia telefónica: "HA CAIDO EL MINISTERIO"

La fotografía está también llamada á tomar parte principal en la educación. El cinematógrafo grabará en el cerebro de los alumnos lo que deben aprender. ¿Se trata de una fábula de Esopo? El chico verá al lobo devorando al cordero. Cuanto á la geografía, los escolares serán desenvolverse vastos panoramas de los países por estudiar, ni más ni menos que como si caminasen en un tren expreso á noventa kilómetros por hora.

En lugar de las penas usuales de hacer conjugar ó declinar este verbo ó aquel nombre, el profesor dirá al alumno en falta: «Usted no sabe su lección, y vá á rehacer, en castigo, tres veces el camino de Lima á Tetuán».

La fotografía en colores habrá destronado definitivamente á la pintura, ese arte bárbaro que no alcanza á reproducir con exactitud ni siquiera el número de hojas que tiene un árbol, ni el de pelos de que se compone la barba de un individuo.

Pero como la fotografía llegará así á ser de uso general, el Estado la monopolizará, (contribuciones directas: cada ciudadano tendrá derecho á tantos retratos por año). Para estimular el aumento de la población, los padres de más de seis hijos recibirán, como prima, la fotografía del grupo y una magnífica ampliación con marco y todo.

Y en fin —porque la elegancia no pierde jamás sus derechos— se llegará, por un nuevo procedimiento, á sensibilizar la cutis humana como cualquier papel al gelatino bromuro. Y como la moda tiende al *latuaje*, no lucirán sobre la piel de los *snohs* groseros dibujos, sino soberbias pruebas fotográficas inalterables, representando, al gusto del cliente, el lugar de su nacimiento, la fisonomía de los seres que le son queridos, etc. etc.



He aquí, pues, algunas de las maravillas que veremos..... ó mejor dicho, que nosotros no veremos, dentro de cien años.....!»

(Prolongados aplausos.)

